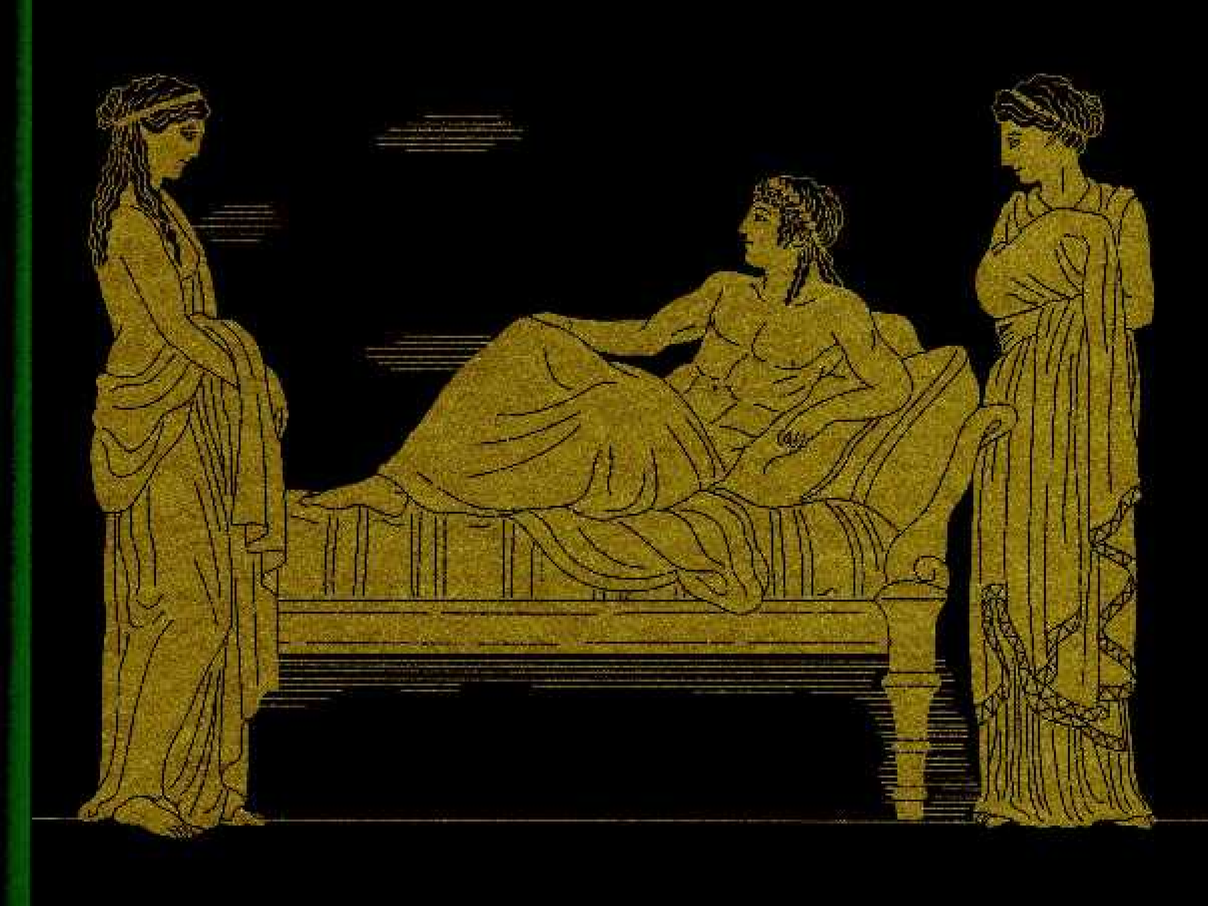
LA BELLEZA DE ADONIS



GREDOS

LA BELLEZA DE
ADONIS



Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9092-2
Depósito legal: B 18056-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cautivada por la hermosura de aquel hombre,
no se interesa ya por las playas de Citera,
no frecuenta Pafos, la rodeada de un profundo mar,
ni Cnido la abundante en peces, ni Amatunte
cuajada de filones; también del cielo se mantiene
alejada; al cielo es preferido Adonis.

OVIDIO, *METAMORFOSIS*, LIBRO X

Dramatis personae

Los mortales

Adonis – mortal de incomparable belleza, hijo de Esmirna y su padre Cíniras.
Esmirna – hermosa princesa de Pafos, en Chipre.
Cíniras – rey fundador de la próspera ciudad de Pafos, introductor en Chipre del culto a Afrodita.
Amaltea – nodriza de Esmirna, junto a quien conspira para conseguir el amor de Cíniras.
Cencreide – segunda esposa de Cíniras y madre de Esmirna, de cuya belleza se vanagloria.

Los inmortales

Afrodita – diosa del amor y la belleza, hija adoptiva de Zeus, soberano del Olimpo.
Ares – impetuoso y sanguinario dios de la crueldad en la guerra, hijo de Zeus y Hera.
Eros – hijo alado de Afrodita y Ares, cuyas flechas despiertan tanto el deseo de amor como el rechazo.
Perséfone – bella hija de Deméter y Zeus omnipotente, reina en el inframundo junto a Hades.
Hades – hermano de Zeus y esposo de Perséfone, soberano del inframundo.
Zeus – rey del Olimpo y señor del universo.

1

EL ARDID DE LA NODRIZA

Los esclavos habían terminado de cargar las mulas con todo lo necesario para un viaje de tres jornadas. El día había amanecido con el mar oscuro y agitado y los adivinos de palacio habían descifrado malos augurios en los vuelos de los cernícalos que trazaban círculos en un cielo plomizo, pero la reina no iba a permitir que ningún contratiempo se interpusiera a la celebración de la fiesta. A las puertas de Pafos, la ciudad que el rey Cíniras había fundado, una multitud expectante empezaba a congregarse para contemplar el desfile de la procesión.

Cuando el sol hubo alcanzado su cénit, Cíniras llegó a las puertas de la ciudad acompañado de su reina Cencreide y la hija de ambos, Esmirna. Tal y como mandaba la tradición, Cencreide iba vestida de blanco y llevaba una guirnalda de espigas en las sienes. El resto de mujeres casadas de Pafos, también de radiante blanco, se congregaba a las puertas de la

ciudad para despedirse de sus maridos. Cencreide se acercó a su hija y, estrechándole ambas manos, le dijo:

—Quieran los dioses que el año que viene puedas vestir de blanco y unirte a nuestra comitiva —y susurrándole al oído para que el rey no pudiera oírla, añadió—: Con una belleza como la tuya, que hace palidecer incluso a la de la misma Afrodita, te será fácil conseguir el marido que tú elijas.

A Esmirna no le agradaba que su madre la comparase en hermosura con Afrodita, pues temía convertirse en el blanco involuntario de las iras de esta. Y hacía bien en mostrar cautela: no era esa la primera ni la más grave de las afrentas que Cencreide había dedicado a la diosa a lo largo de los años.

La princesa se esforzó en esbozar una sonrisa, pero sus ojos delataban tristeza, por lo que agachó su mirada y nada más acertó a decir:

—Sí, madre, ojalá sea como tú dices y pronto encuentre un marido.

A continuación, Cencreide estrechó entre sus brazos a Cíniras sin hacer amago de querer besarlo.

—Por nueve noches me has negado tus caricias y ahora te marchas a una procesión de tres jornadas. ¿No merece el rey de Chipre ni un casto beso en la mejilla?

—Así lo exige la diosa, al igual que el bienestar de tu reino, ¿o acaso quieres que los campos se vuelvan yermos y que en un año tus silos se vacíen por completo?

Con estas palabras se despidió la reina y se unió a la procesión de las demás mujeres, que partían alegres y dichosas hacia el monte Quionistra para celebrar el festival de las Tesmoforias en honor a la diosa Deméter. Les seguía un séquito de esclavas y mulas, así como una fila de cerdos atados con

soga cuyo fin era ser ofrecidos en sacrificio y renovar con su sangre la fertilidad de la tierra. Atrás quedaban los hombres, ajenos a los aires festivos de sus esposas, y Cíniras primero entre ellos no solo en rango sino también en su resentimiento ante la abstinencia impuesta por el rito. No en vano había el rey introducido el culto a Afrodita entre los isleños y se había consagrado como su primer sacerdote. Su hija, Esmirna, presintiendo el disgusto de su padre, se tomó la libertad de abrazarlo y, posando su cabeza sobre su pecho, le dijo:

—Adivino tu sufrimiento. ¿Qué podría hacer yo para aliviar tal desazón?

—Tu compañía es siempre un bálsamo —le respondió el rey, afectuoso—. Pero no te preocupes por mí. Un rey sabe cómo aliviar sus penas.

∞∞

El cielo ya empezaba a teñirse de añil, pero una gran agitación reinaba en palacio. Un fastuoso banquete, al que todos los hombres casados de Pafos habían sido invitados, estaba a punto de celebrarse. Los comensales se reunieron en el salón regio de palacio alrededor de una mesa presidida por Cíniras. Entre los invitados se encontraban amigos, compañeros de armas, navegantes y otros hombres libres vestidos con los mantos de lana más fina y ungidos en aceite perfumado. Una vez todos hubieron tomado asiento, los coperos se apresuraron a mezclar el agua con el vino en las cráteras y a servir la mezcla. Los comensales alzaron entonces sus cálices en honor a los dioses y apuraron la bebida de un solo trago. Acto seguido, Cíniras se puso en pie y, dirigiéndose a sus huéspedes, dijo con la voz retumbante del que está acostumbrado a ejercer el mando:

—Hombres de Pafos, la dadora de frutos nos ha arrebatado a nuestras mujeres por espacio de nueve noches, pero por fortuna nos ha dejado el vino. Que el gélido vacío que sentís en vuestros pechos lo colme y temple el elixir de Dioniso. ¡Comed, bebed y regocijaros, pues así os lo pide vuestro rey!

Los comensales vitorearon al rey y golpearon repetidamente la mesa con sus copas desatando un gran alboroto que podía escucharse hasta más allá de los muros palaciegos. Cíniras volvió a sentarse en su trono y los coperos corrieron raudos entre los invitados llenando de nuevo sus cálices al tiempo que las carnes eran servidas. El banquete transcurrió a lo largo de toda la noche y pareciera que a cada nuevo brindis risas y cantos redoblaban su intensidad. Intentando imponer su voz al animado bullicio, los músicos entretenían a los huéspedes entre plato y plato cantando gestas y leyendas y loando a su buen rey.

Escondida detrás de una columna, Esmirna observaba a su padre embriagarse, reírse a carcajadas de las ocurrencias que el vino inspiraba a sus invitados y comer hasta la saciedad de sus platos preferidos. En un arrebato, la princesa detuvo a uno de los coperos y le ordenó que le entregara la jarra rebosante de vino que cargaba. Asiendo la jarra fuertemente con ambas manos, Esmirna se acercó a su padre por la espalda y llenó la copa que acababa de dejar vacía. La princesa hubiera podido retirarse al momento y pasar desapercibida, pero una fuerza irresistible la retenía en ese lugar con la mirada fija en los rizos azabaches y lustrosos que caían sobre los viriles hombros de su padre. Al fin, el rey se percató de su presencia y, dándose la vuelta, le espetó enfurecido:

—Esmirna, ¿qué es esta locura? ¡Este no es lugar para una mujer y menos aún para una doncella!

La reprimenda surtió efecto de inmediato. Esmirna, como despertando de un sueño, dejó caer la jarra, que se rompió en mil pedazos desparramando el vino por los suelos. Los comensales, incapaces a estas alturas del banquete de distinguir su mano izquierda de la derecha, estallaron en una risotada ebria y Esmirna huyó enseguida a refugiarse en su alcoba entre sollozos. Al llegar a su cámara, Esmirna cerró la puerta y se arrojó a su lecho presa de un llanto desconsolado. Incapaz de concebir alivio alguno a su angustia, la princesa pidió auxilio a los dioses:

—¡Oh, Eros, el irresistible, te ruego apartes de mí este deseo infame o me des muerte antes de que por mi propia mano deshonre mi casa y el reino! ¡Oh, Afrodita, no permitas que mi pasión manche para siempre tu isla!

Las súplicas de Esmirna llegaron a oídos de la diosa y del alado Eros, quien ya se disponía a curar el mal de la princesa con uno de sus dardos. Afrodita, sin embargo, guardaba rencor a Esmirna. Envidiaba su extraordinaria belleza y, sobre todo, no olvidaba las ocasiones en las que Cencreide había blasfemado contra ella al compararla desfavorablemente con su hija. Tampoco estaba dispuesta a perdonar fácilmente su atrevimiento al regalarle un cinturón a imagen y semejanza del ceñidor que ella misma vestía.

Por deferencia a Cíniras, que siempre le había sido devoto y le había consagrado su isla, permitiría que su impía esposa y Esmirna vivieran. Pero no estaba dispuesta a hacer nada más. Detuvo pues a su hijo y dejó que el destino siguiese su curso.

Cuando Esmirna se dio cuenta de que sus ruegos no iban a ser escuchados, cayó presa de la desesperación. No se veía capaz de atender a las sórdidas palabras que tan claramente

le dictaban cómo apaciguar su deseo. El fuego que se encendía en sus entrañas al pensar en su padre no era cálido y reconfortante, como hubiese sido natural, sino que la consumía hasta los mismos huesos, envenenándola de lujuria. La joven sollozaba y gemía de dolor. Cualquier desenlace se le antojaba mejor que aquel que, sin embargo, con tanto ardor anhelaba.

En ese momento, por fortuna o por desgracia, su anciana nodriza Amaltea pasaba frente a la alcoba de la princesa y oyó sus llantos desconsolados a través de la puerta. Sin pensarlo dos veces, Amaltea entró en la cámara y descubrió a Esmirna ajustándose la cuerda que usaba de cinto alrededor de su cuello con la intención de terminar con su vida. Los ojos de la joven, empañados por las lágrimas, no reflejaban más que dolor. De un tirón, la aterrada nodriza descolgó la cuerda y, sosteniendo a la joven entre sus brazos, la acompañó hasta el lecho donde esta se desplomó.

—¿Qué furia te ha poseído, niña?

Esmirna se abrazaba con fuerza a su nodriza y se deshacía en sollozos. Cada vez que intentaba explicar su pesar sentía que se le atenazaba la garganta y no era capaz de articular una sola sílaba. Amaltea, que la conocía bien, intentaba ayudarla a encontrar las palabras que ahora la rehuían.

—Intuyo la causa de tus desvelos, y debo decirte que, a tu edad, son naturales. Si es un mal de amor lo que te aflige, te ruego que seas paciente y confíes en el tiempo, pues será él quien lo curará. Sin embargo, siendo tan hermosa como eres, me cuesta creer que haya hombre alguno que no te corresponda. Dime, pequeña ¿a quién has entregado tu corazón?

—Ni mi mente ni mi lengua se atreverían jamás a pronunciar su nombre —dijo al fin Esmirna—. Yo misma no acierto

a comprender lo que mi depravado corazón codicia. Mejor vete y déjame sola.

—Después de lo que he visto, ¿dejarte sola? ¡Ni por todo el oro de Pafos! Llevo muchos años en este mundo y, créeme, nadie sabrá comprenderte tan bien como lo haré yo. Ni siquiera tu amado padre.

A la mención de Cíniras, Esmirna soltó un alarido de dolor como si le hubieran atravesado el corazón con una daga.

—¿Mi amado padre, dices? —repitió con amargura—. ¿Mi amado padre, de entre todos los hombres?

Amaltea no comprendió del todo, pero una sombra de duda cruzó su mente. A medida que la revelación se hacía más clara, más palidecía su arrugado rostro.

—¿No será precisamente él quien... ?

Amaltea no fue capaz de terminar la frase. Esmirna se limitaba a esconder el rostro en su regazo y a llorar desconsoladamente.

—Mi anciana cabeza se resiste a tolerar lo que mi corazón ya ha comprendido. ¿Cómo ha sucedido? ¿No tienes ojos para otro hombre que no sea de tu sangre? ¿Acaso no habrá una cura?

—Los dioses me han abandonado —dijo Esmirna en un sollozo—. No hay otra cura para mi mal que no sea la muerte.

Amaltea la abrazó, conmovida, pero la nodriza aún se resistía a aceptar tan horrenda confidencia. Parecía como si el secreto de la princesa hubiese desplomado sobre sus hombros el peso del mundo entero. No le asustaba tanto la impía naturaleza de la atracción de Esmirna como la ciega convicción que contenían sus palabras. Y, sin embargo, cuando observaba a la desconsolada chiquilla, sabía que, por aberrante

que resultase, el deseo que la atenazaba era algo más que un mero capricho.

—Quizá no todo esté perdido —acertó a decir tras meditar largamente—. ¿Has pensado en la posibilidad de consagrarte al templo de Ártemis y vivir allí el resto de tus días, virgen y casta como la diosa?

—¿No lo comprendes, anciana? ¿Acaso no ves que no soy dueña de mí misma? Si no puedo poseer al que en contra de toda ley humana deseo, mejor morir aquí y ahora —dijo Esmirna con una rotundidad que no permitía más objeciones.

—La muerte es un castigo terrible, sí, pero una vida presa de esta aflicción se me antoja una carga incluso más severa. No obstante, y aunque no alcanzo a comprender qué extrañas fuerzas te mueven… —dudó—, si tu vieja nodriza te ayudara a yacer con el hombre cuyo nombre no me atrevo a mencionar una vez, una sola vez, ¿se vería apaciguado este delirio tuyo?

Esmirna levantó por fin el rostro y sus ojos implorantes contestaron la pregunta de la anciana.

Amaltea dejó a Esmirna en su alcoba, después que esta le prometiera que no cometería más insensateces en su ausencia. La nodriza a duras penas lograba enfrentarse a la aprensión que le producía el hacer de alcahueta al servicio de los deseos ilícitos de la princesa, pero la amaba demasiado como para permitir que intentase quitarse la vida de nuevo. El tiempo apremiaba y Amaltea rezó para que sus escrúpulos no la regazaran en el cumplimiento de su misión.

∞

En el horizonte se intuían ya los primeros albores. El banquete por fin había terminado y Cíniras se había retirado

a su alcoba a aliviar con el sueño sus excesos. La nodriza sabía que la única posibilidad de consumar su ardid, y que tanto ella como Esmirna salieran airosas, era aprovechar semejante ocasión en que el vino había nublado los sentidos del rey, así que se introdujo sigilosamente en la alcoba de los monarcas y susurró al oído de Cíniras:

—Rey y señor, ¿ya te ha vencido el sueño?

Cíniras gruñó y con la voz pastosa de los beodos preguntó:

—¿Quién eres tú, que te atreves a venir a perturbarme en mi descanso?

—Tu fiel sirvienta, Amaltea, la nodriza de tu casa. Te ruego disculpes mi atrevimiento, pero sé de las largas noches en las que Cencreide te ha negado sus favores y sé también que un monarca lujurioso difícilmente puede ser un buen monarca. Es por eso que he creído que, aprovechando la ausencia de tu esposa, podrías conocer a una hermosa doncella que te ama sin mesura y que arde en deseos de subir a tu lecho. Pero quizá la ocasión sea la equivocada…, ya se sabe que el vino suele privar de virilidad a los hombres.

Cíniras se rio con desprecio, herido en su orgullo.

—¿Qué edad tiene la muchacha?

—Es una virgen de la edad de tu hija Esmirna.

—Deja de cuchichear por las sombras, anciana, y tráemela sin más demora —le espetó Cíniras, impaciente.

Amaltea salió veloz de la alcoba de los monarcas y fue a buscar a Esmirna. Con paso titubeante, la princesa siguió a su nodriza que la guiaba de la mano. En silencio, atravesaron varias arcadas de palacio sin ser vistas, hasta que por fin llegaron a la cámara regia. Allí Amaltea introdujo a Esmirna

a la alcoba, pero la princesa parecía haber quedado petrificada en el umbral. La nodriza la miró entonces a los ojos con la vana esperanza de que hubiese cambiado de parecer. Pero antes de que Esmirna pudiese reaccionar, Cíniras, sin mediar palabra, tomó a la doncella de la mano y la atrajo hacía sí. Amaltea no pudo evitar cerrar con fuerza los ojos como si la oscuridad fuera capaz de hacer desaparecer la aberración que ella misma había promovido, pero el estruendo sordo de la puerta al cerrarse retumbó en su anciano pecho con la certeza de que jamás volvería a respirar sin recordar aquella noche. Esmirna se desplomó sobre el pecho desnudo de su padre y hundió su tez blanca en los rizos azabaches que tanto la habían cautivado antes. Sus cuerpos se unieron en la oscuridad y Esmirna fue desflorada por su propio padre quien, ajeno al ardid tramado por la nodriza, se entregó a ella fogosamente.

En su abandono, los amantes no repararon en la aurora de dedos rosados que lentamente fue iluminando la alcoba. Por fortuna para Esmirna, su padre se había quedado dormido después de consumar la unión, pero cuando esta contempló su rostro relajado, el deseo se apoderó de ella una vez más. Amaltea ya regresaba para llevarla de vuelta a la seguridad de sus estancias, y, sin embargo, Esmirna no podía apartar la mirada de los labios que la habían colmado de placer durante horas. Deslizó sus dedos temblorosos por el rostro de su padre y lo besó con dulzura, confiando y a la vez temiendo que aquel sería el último. En ese instante, el rey despertó y descubrió el rostro de su hija inclinado sobre él. El cuerpo de Esmirna desprendía una fragancia inconfundible, una mezcla de sudor y perfume, que enseguida lo transportó a



Ajeno al ardid de la nodriza, Cíniras se entregó fogosamente a su propia hija.

los recuerdos de la pasada noche. Aturdido por la súbita revelación y las secuelas del vino, Cíniras tardó unos momentos en reaccionar. Pero era evidente que no se trataba de una horrible pesadilla: el cuerpo que reposaba junto a él, cuyo aliento le acariciaba el rostro, y que sin ningún reparo había hecho suyo, era el de su propia hija.

Cíniras comprendió el infame ardid del que había sido víctima. Una rabia insondable lo poseyó y le proporcionó una energía y vitalidad inauditas en un hombre que pocos instantes antes apenas hubiera podido abandonar el lecho, presa como era de la desazón que visita al despertar a los que se han excedido con el vino. De un salto, el rey se enfundó sus ropajes y desenvainó su afilada espada, dispuesto a dar muerte a su depravada hija. El rostro de Esmirna también estaba desencajado, pero no de cólera, sino de miedo y vergüenza. Algo en su interior todavía se negaba a aceptar el pecaminoso episodio que había orquestado y, por otro lado, también se resistía a creer aquel hombre que tan solo unas horas antes la había hecho suya con tanto ímpetu, aquel padre al que siempre había amado, pudiese ahora precipitarse sobre ella con tan aviesas intenciones. La joven, desnuda e indefensa, no podía más que permanecer temblando en un rincón, aceptando sumisa el terrible final que el destino le deparaba. Tuvo que ser Amaltea, que enseguida se había precipitado al interior de la habitación al oír los escalofriantes alaridos desde los pasillos, la que impidió el paso al rey, irguiéndose frente a él.

—Es tu hija, señor. ¡No manches tus manos de tu propia sangre y deja que sean los dioses quienes impartan justicia! —suplicó mientras instaba a Esmirna a huir.

—¡Apártate, anciana! ¡Ya responderás ante mí cuando llegue tu hora! —bramó Cíniras consumido por la cólera. Pero Amaltea no se movía y con la mirada fija en los ojos del rey procuraba enternecerlo al tiempo que decía:

—Es Esmirna a la que persigues espada en mano, tu amada hija, quien ha sucumbido al veneno de esta pasión, pero no sin antes resistirse con fiereza. —Y poniendo sus manos sobre el brazo armado del rey, Amaltea continuó diciendo—: Si necesitas aplacar tu ira, mejor descárgala sobre mí, pues yo fui la artífice de este terrible engaño. Pero debes saber que todo lo que he hecho por tu hija ha sido por afecto y devoción a esta casa.

Cíniras se sacudió las manos de Amaltea con violencia y, cegado por el deseo de venganza, asestó un tajo mortal a la nodriza. Al ver a la anciana desplomarse, Esmirna huyó despavorida por las escaleras.

Amaltea exhaló unos estertores y en sus labios se formaron tenues palabras, pese a que de su garganta no salía sonido alguno más que el de la vida que la abandonaba. Desesperada, la nodriza se colgó del cuello de Cíniras, cubriéndolo con su sangre y retrasando su paso, mientras con la mirada le suplicaba por la vida de Esmirna.

—¿Por qué no te has apartado de mi camino, vieja loca? —dijo el rey, en un conato de pesar, y, ya con lágrimas en los ojos, añadió—: Pero no creas que con tu muerte has aplacado mi sed de venganza. No descansaré hasta haber limpiado la infamia que tú tramaste con la sangre de Esmirna.

Amaltea exhaló su último suspiro y su cuerpo frágil y menudo se deslizó por el torso del rey hasta desplomarse en el suelo. Cíniras pasó por encima de su cadáver e inició la

búsqueda de la princesa. Espada en mano, llegó a la alcoba de Esmirna y, al no encontrarla ahí, mandó dar la alerta en todo Pafos lanzando a sus soldados en pos de la fugitiva.

∞

Los rayos inmisericordes del sol caían sobre los hombros y mejillas enrojecidos de la princesa. Sus sandalias desgastadas dejaban pequeñas huellas en la arena que se perdían en un rastro hacia poniente. Muy atrás quedaba la yegua que Esmirna había conseguido en uno de los puertos de Fenicia y el navío mercante que la había sacado en secreto del puerto de Pafos a cambio de sus valiosas joyas.

En su desesperada huida hacia el sur, Esmirna tenía la esperanza de que, poniendo tierra de por medio, no solo conseguiría estar a salvo de los esbirros de Cíniras, sino que lograría además desdibujar el recuerdo de su horrendo crimen. Así cabalgó durante varias lunas, durmiendo al raso y comiendo queso y aceitunas que llevaba en sus alforjas, como si jamás hubiera conocido la vida de lujo y desahogo propia de una princesa. Y justo cuando el recuerdo de la noche con Cíniras empezaba a difuminarse por fin en la bruma del pasado, Esmirna cayó en la cuenta de que su período iba con gran retraso. Cuando finalmente su vientre se empezó a hinchar ya no le quedó otro remedio que aceptar lo evidente: estaba embarazada.

∞

Encinta, descuidada y presa de un profunda melancolía, Esmirna siguió cabalgando en su montura por un tiempo, pero sus manos apenas sujetaban las riendas y pronto fue la yegua

más que su jinete la que elegía el camino y la que decidía cuándo y dónde pararse. Una mañana, ya no sintió fuerzas ni para subirse a su montura por lo que la abandonó a su suerte y empezó a vagar sin rumbo por el desierto. La criatura que crecía en su vientre le recordaba su horrible crimen a cada momento, con cada nuevo aliento que tomaba. La culpa se hacía carne en sus entrañas y allí donde fuera, la azuzaba y perseguía. Había perdido la noción de los días y se limitaba a vagar por aquellas dunas infinitas. El único consuelo que parecían ofrecerle era el de un final que, en aquellas circunstancias, se le antojaba más dulce que amargo.

∞

Pero si la frágil salud de su cuerpo y los males de su alma la empujaban hacia la muerte, la vida que crecía en su interior y que bregaba por ver la luz del día tiraba de Esmirna en la dirección opuesta. Llevada por un impulso ajeno a sus propios designios, se vio arrastrada a llevar agua a sus labios en los contados pozos que encontraba a su paso o a comer de los brotes verdes y dátiles que crecían en las hondonadas umbrosas.

Desgarrada entre el anhelo de dejar atrás sus sufrimientos y la fuerza que la mantenía unida a un cuerpo quebrado por el infortunio, Esmirna rompió en un lamento sobrecogedor que se extendió por el desierto como una tormenta de arena y cuyos ecos llegaron hasta los oídos de Afrodita. Sedienta y exhausta, incapaz de elegir entre la vida y la muerte, Esmirna recuperó por un momento su cordura. Cayendo de rodillas y alzando los brazos al cielo, imploró:

—¡Oh, dioses, vosotros que veláis por la justicia! Sé que mi crimen fue verdaderamente abominable y no me cabe

duda alguna de que lo he pagado con creces. Todo lo que tenía, lo he perdido.

Por primera vez, las palabras de Esmirna consiguieron ablandar a Afrodita y disolver el rencor que durante tiempo había anidado cual ponzoñosa serpiente en el corazón de la diosa. Esmirna prosiguió con su súplica:

—Ojalá mi nodriza no me hubiera salvado aquel día, cuando la soga ya se había cerrado alrededor de mi cuello, pues la muerte me parece ahora un final deseable comparado con lo que he vivido. Pero, por mucho que lo intento, no consigo quitarme la vida. Esta otra vida, la semilla que ha sido plantada en mis entrañas, se resiste a marchitarse y a convertirse en polvo junto a mí. ¡Apiadaos pues de mí, oh dioses, de la desdichada que no desea vivir pero que tampoco tiene el coraje de abandonarse a la muerte!

Y de repente, las macilentas rodillas de Esmirna se volvieron de un color pardo y comenzaron a adquirir una textura leñosa. Sus brazos se alzaron hacia el cielo sin obedecer a su voluntad y sus dedos empezaron a mutar de color y textura adoptando la forma de pequeñas y espigadas hojas. Por el contrario, los dedos de los pies crecieron y se alargaron y, al tiempo que se descomponían en extrañas formas bulbosas, se internaron en la tierra en busca de la humedad de las profundidades. Su torso se endureció y se contorsionó, perdiendo así su porte y sus curvas femeninas. La piel, antes tan suave y delicada, se cuarteó adquiriendo también un aspecto duro y rugoso. Lo último en mudar su aspecto fue el rostro, el cual, a pesar del aire seco y el calor abrasador al que había estado expuesto, todavía conservaba un leve recuerdo de su belleza y juventud. Fue esa la última visión de la

hermosura de Esmirna: sus ojos cerrándose en paz mientras una delicada lágrima se deslizaba por su mejilla.

Mientras una capa de corteza envolvía inexorablemente su cuerpo y borraba todo rastro de humanidad, la princesa pudo sentir con su último aliento cómo sus órganos pasaban a convertirse en madera y cómo sus lágrimas no se secaban, sino que se transformaban en la olorosa resina que recorría su nuevo cuerpo. La joven sintió, por fin, cómo todos los deseos, miedos y aflicciones que tanto la habían atormentado se desvanecían y pasaban a ser reemplazados por una solemne y estática sensación de paz. Y, sin embargo, en su arbóreo interior, algo parecía despertar mecido por aquella asombrosa resina, y es que en las profundidades de sus fibras leñosas palpitaba una vida de carne y hueso.

2

La envidia de los dioses

El sol caía a plomo sobre las áridas arenas de Arabia, incendiándolas y convirtiéndolas en algo semejante a un infierno. En el rincón más desolado del vasto desierto, olvidado ya por mortales y dioses, se erguía el solitario árbol de mirra que una vez había sido la princesa de Pafos, aparentemente inamovible ante el monótono devenir de los días y los tiempos.

Despuntaban los primeros rayos, todavía clementes, de un día excepcionalmente claro, cuando una minúscula quebradura se dibujó sobre la corteza. De forma imperceptible al principio, el árbol entero comenzó a vibrar con creciente violencia, y pronto pareciera como si docenas de seres invisibles lo estuvieran sacudiendo con saña. La corteza saltó entonces por los aires y, justo en el perfecto centro del tronco, se abrió una hendidura a través de la cual el árbol pareció expulsar entonces una masa brillante, cubierta por la olorosa

resina, que hizo que esta se deslizara suavemente hasta tocar el suelo. En el preciso momento del contacto, el denso líquido empezó a retraerse y pronto solo quedaron expuestas diminutas gotas, que dejaban al descubierto la delicada piel de un recién nacido, perlando como adornos divinos su impoluto cuerpecito. Cuando la última gota hubo desaparecido, el primer vagido del niño inundó de vida por unos instantes aquella tierra yerma.

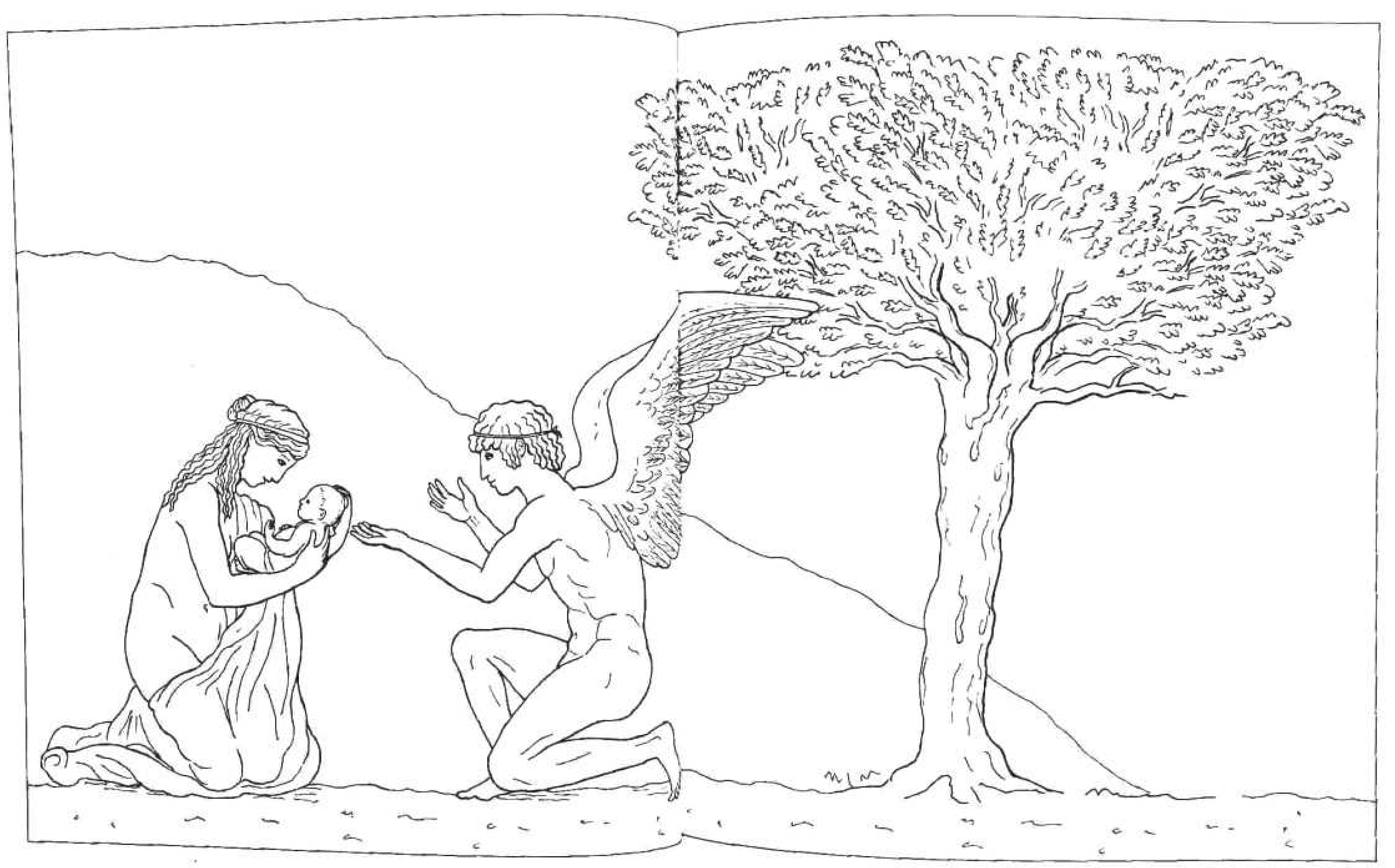
Al atardecer los llantos desatendidos del niño perdieron fuerza y su cuerpo, que unas horas antes era lozano y rebosante de vitalidad, empezó a marchitarse expuesto como estaba a los rigores del desierto. A su alrededor se había congregado ya un pequeño ejército de aves carroñeras que con cada resuello del niño estrechaba el cerco de plumas negras y pardas, alzándose sobre él como si se tratase de un nefasto telón final. Un buitre se atrevió por fin a romper filas y extendiendo sus alas llegó hasta el cuerpo casi inmóvil. Su afilado pico acarició las carnes todavía tiernas del recién nacido, como el cuchillo del carnicero que tantea su pieza antes de hacer el primer corte. Pero justo cuando se disponía a segar de raíz la breve vida del niño, se desencadenó un griterío despavorido a sus espaldas. Presa del pánico, la bandada alzó el vuelo y detrás del polvo y del plumaje de las alas batiendo surgió una figura femenina, auténtica visión de belleza y sensualidad incluso en aquel despiadado erial. La diosa Afrodita recogió al recién nacido de la arena y lo sostuvo en sus brazos. Al contacto con su piel, los colores regresaron a las mejillas del niño, y pronto comenzó a mover de nuevo sus brazos y piernas, como si la muerte que lo reclamaba momentos antes no hubiera sido más que un terrible sueño.

Afrodita se había desplazado hasta allí por mera curiosidad, pues había jurado que no intervendría más en el destino de la desdichada Esmirna, pero cuando el niño agarró su dedo con sus diminutas manitas, la diosa no pudo reprimir un gesto de ternura que le iluminó el rostro. El recién nacido le hizo recordar los días posteriores al nacimiento de Eros, al que también le había gustado juguetear con sus dedos. La diosa tampoco pudo evitar reparar en la desmesurada hermosura de aquel niño, la proporción armoniosa de sus miembros, así como la belleza de sus largas y oscuras pestañas. Embelesada, Afrodita finalmente se llevó el niño al pecho y lo resguardó del sol con un cálido abrazo.

◦◦◦

Adonis, que así había sido llamado por Afrodita, dio sus primeros pasos en el palacio de la diosa en Chipre, donde los días transcurrían tranquilos y el Mediterráneo turquesa se fundía con unos cielos siempre apacibles y soleados. Allí era amamantado con leche de cabra y vigilado por un selecto grupo de sacerdotisas. A medida que fue creciendo, los rasgos de su belleza extraordinaria, ya insinuada desde el día de su nacimiento, no fueron más que en aumento, y con ello se ganó el corazón de Afrodita.

Sucedió en cierta ocasión que Ares se presentó en el palacio de Afrodita y esta lo recibió en su jardín junto al mar rodeado de cipreses, pinos y encinas. El dios de la guerra acababa de llegar de un campo de batalla en el que se habían dejado la vida cientos de guerreros. El frenesí y la euforia del combate habían enardecido a Ares y despertado su lado más voluptuoso. El dios sirvió dos copas de néctar y ofreció una



Afrodita abrazó al recién nacido, que recuperó su vitalidad con tan solo tocar a la diosa.

a Afrodita, convencido de que le sería fácil consumar una vez más la ardiente atracción que siempre los había unido.

Pero en esta ocasión Afrodita se mostraba ausente. El dios de la guerra se preguntaba qué podría estar distrayendo la atención de su amante, que tan fogosamente tenía por costumbre entregársele, cuando una alegre carcajada infantil llamó su atención. Adonis había escapado a la vigilancia de sus nodrizas y al oír la voz de Afrodita en el jardín había ido a su encuentro. Ares se sintió contrariado por la interrupción y se dispuso a investigar el origen de aquella dulce risa. Eso hizo reaccionar de súbito a Afrodita, quien, sujetando la mano de Ares, la posó sobre su sensual pecho en un intento de retenerlo a su lado. La diosa sabía que la extraordinaria belleza del pequeño Adonis despertaría la envidia en los demás dioses, cuando no sentimientos todavía más reprobables.

Pero sus esfuerzos fueron en vano. Adonis era un niño muy inquieto y estaba acostumbrado a burlar a sus cuidadoras y no tuvo problemas en eludirlas y presentarse ante los dioses, riendo y cantando, rebosando belleza y juventud. Al posar su mirada sobre el niño, Ares se llenó de asombro. Nunca antes había visto el dios a ser mortal o inmortal de semejante belleza. La dulzura y gracia del niño lo dejaron paralizado y sin palabras por unos instantes. Y aunque los efectos visibles de la impresión causada por Adonis fueron breves, Afrodita se percató de ellos, confirmando así sus más oscuras sospechas. Tras recuperar la compostura, el dios le preguntó:

—Dime, ¿quién es este jovencito que corre libremente por tu morada?

—Si de verdad deseas saberlo, no tendré reparo en contestarte. Es mi protegido, el hijo ilegítimo de un rey que me

es devoto y que me ha suplicado que lo cuide, pues teme que su celosa esposa le quiera dar muerte —respondió la diosa, mezclando a partes iguales dosis de verdad y de mentira.

Y, esforzándose por aparentar naturalidad, Afrodita decidió que debía alejar al inflamado dios de su pequeño tan pronto como fuera posible:

—Sabes bien que siempre agradezco tus visitas, pero ahora tengo importantes asuntos entre manos que requieren de mi inmediata atención. Tendremos que dejar las galanterías para otra ocasión más propicia —dijo intentando esbozar una leve sonrisa.

Para sorpresa de la diosa, Ares no insistió y se limitó a despedirse de ella sin las muestras de devoción amorosa a las que la tenía acostumbrada. Una vez el dios hubo abandonado el palacio, Afrodita dedicó una mirada triste al niño, quien, ajeno ya a las preocupaciones de los mayores, jugaba en el suelo con un ratoncito al que había convertido en su mejor amigo. Afrodita se enterneció y lo llamó:

—Dulce Adonis, ven a mí.

El niño se puso en pie y se presentó ante la diosa obediente. Afrodita lo levantó del suelo y, abrazándolo contra su pecho, le susurró:

—Con el tiempo aprenderás que la belleza es un arma de doble filo, un don y una maldición al mismo tiempo. Tu gracia y hermosura te abrirá las puertas del corazón de quienes desees y ames, pero también encenderá de envidia y rencor el de aquellos que quieran someter tu voluntad a la suya. Te aguarda una larga senda de gozos, pero puede que también de peligros y violencia. Esto te lo confiesa quien, a pesar de su poder, ha sufrido en carne propia semejantes males.

Tras la visita de Ares, Afrodita y sus cuidadoras extremaron las precauciones y solamente permitieron que Adonis corriera por la galería de anchas columnas que ocupaba la parte trasera del palacio. Pero al hallarse recluso en la galería, las sacerdotisas juzgaron que Adonis estaría fuera de peligro y a salvo de miradas ajenas, y su vigilancia se volvió más laxa al poco tiempo.

∞

Adonis pasaba las mañanas jugando como cualquier niño de su edad. En su propio mundo de leyenda, él era un gran cazador y el ratoncito un corzo de esbeltas patas y pelo leonado. El niño corría de un lado para otro persiguiendo al roedor y lanzándole mortíferas flechas imaginarias con un formidable arco invisible. En uno de dichos juegos, Adonis tendió una emboscada al ratoncito, pero este, al verse acorralado, se escabulló por una grieta del muro que rodeaba el palacio y lo separaba de los jardines que flanqueaban el mar. Las mujeres que cuidaban de Adonis ese día no se dieron cuenta cuando el niño, llevado por la excitación del juego y el deseo de dar caza a su pieza, se escabulló del recinto. Adonis reparó en que junto a la grieta por la que había escapado su amigo se encontraba una piedra desprendida y que bailaba. Con grandes esfuerzos, consiguió apartarla y se arrastró por el boquete hacia el otro lado del muro.

Al salir al jardín, Adonis no logró dar con su diminuta presa, pero los tallos de unas hierbas altas que se agitaban llamaron su atención. Adonis se acercó sigiloso a las hierbas y al separar los tallos con sus manos descubrió una gigantesca culebra aprisionando al ratoncito entre sus anillos. Adonis

intentó socorrerlo, pero solo consiguió que el reptil se le enredase en los tobillos, haciéndolo trastabillar y caer al suelo. Presa del pánico, empezó a gritar mientras intentaba desasirse. Afrodita, más veloz que el viento, corrió junto al niño y, en un acto de violencia nada usual en ella, dio muerte al animal con sus propias manos. La culebra se contorsionaba y retorcía alrededor de las piernas del niño resistiéndose a soltar su presa incluso en su último aliento, pero Adonis consiguió deshacerse de ella con un par de puntapiés.

Afrodita regresó a palacio cargando al niño en brazos. Adonis tenía los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar, pero al poco consiguió calmarse. En cambio, la idea de perder a aquel a quien tanto amaba nubló por completo el juicio de la diosa.

—La envidia de los dioses no conoce límites —se dijo a sí misma, con el semblante y la voz desencajados—. Sin duda ha corrido la voz entre los olímpicos sobre la extraordinaria belleza de mi pequeño y ahora, incapaces de contener sus deseos, intentan arrebatármelo. Esta vez han mandado una culebra para raptarlo y su artimaña ha fracasado, pero sé que no se darán por vencidos.

∞

Afrodita se internaba en el siniestro bosque de negros álamos que precedía al inframundo. Penetrando en la espesa bruma primero y descendiendo después al desolado reino de las almas, los pasos de la diosa resonaban allí donde la luz del sol y el aire fresco de la mañana ya no tenían cabida. Su destino era el palacio de Hades, en el que habitaba la reina Perséfone, y que estaba presidido por una imponente

escalinata de mármol negro y un infausto portón rodeado de llamas. Aquel lugar lóbrego y opresivo, repleto por doquier de horrendas visiones, no parecía, desde luego, lugar apropiado para la encarnación de la belleza y el amor, quien, sin embargo, avanzaba resuelta. Afrodita no viajaba sola. La acompañaba un séquito de cuatro fornidos siervos que portaban un misterioso arcón de madera tallada. El arcón era un objeto realmente extraordinario: estaba decorado con unas tallas que describían escenas de una belleza hipnótica, de tal finura y riqueza que podían ser contempladas durante horas y horas. Pero lo más especial del mismo no era su ornamentación, sino su noble madera, que despedía un delicioso aroma absolutamente inconfundible.

Al llegar a orillas de la laguna Estigia, Caronte aguardaba ya para darles pasaje. Afrodita y su séquito embarcaron en la esquife del barquero sin demora, pues la diosa no tenía intención de permanecer en el inframundo más tiempo del que fuera necesario. Al subir el arcón a bordo, la barca de Caronte lanzó un crujido y aumentó su calado bajo el peso de lo que bien hubiera podido ser un cargamento de rocas. El taciturno barquero permaneció en silencio, sin hacer comentario alguno por respeto y temor a la diosa, pero para sus adentros maldecía a la ilustre pasajera, pues a causa del arcón que transportaba le suponía un gran esfuerzo maniobrar la embarcación. Afrodita iba sentada en la proa, ajena al descontento de Caronte, con la mirada perdida en la otra orilla. A su alrededor, turbias aguas de una viscosidad espesa emanaban vahos fétidos de podredumbre, pero el nauseabundo hedor no lograba penetrar en la barca, que permanecía envuelta en el dulce perfume que desprendía

la madera aromática del arcón. En la otra orilla no se podía vislumbrar más que una tierra yerma y oscura moteada por las imperecederas llamas azuladas que adornaban los jardines de Hades y la entrada a su palacio. Allí se dirigió la comitiva y, dejando a sus siervos en la antesala, Afrodita entró sin ceremonia alguna al salón del trono donde la esperaba la reina del inframundo. Afrodita obraba sabiendo que Hades no se encontraba en el palacio en ese momento, y que su melancólica esposa agradecería cualquier tipo de compañía. En efecto, al verla entrar, el rostro pálido y mustio de Perséfone se iluminó de alegría.

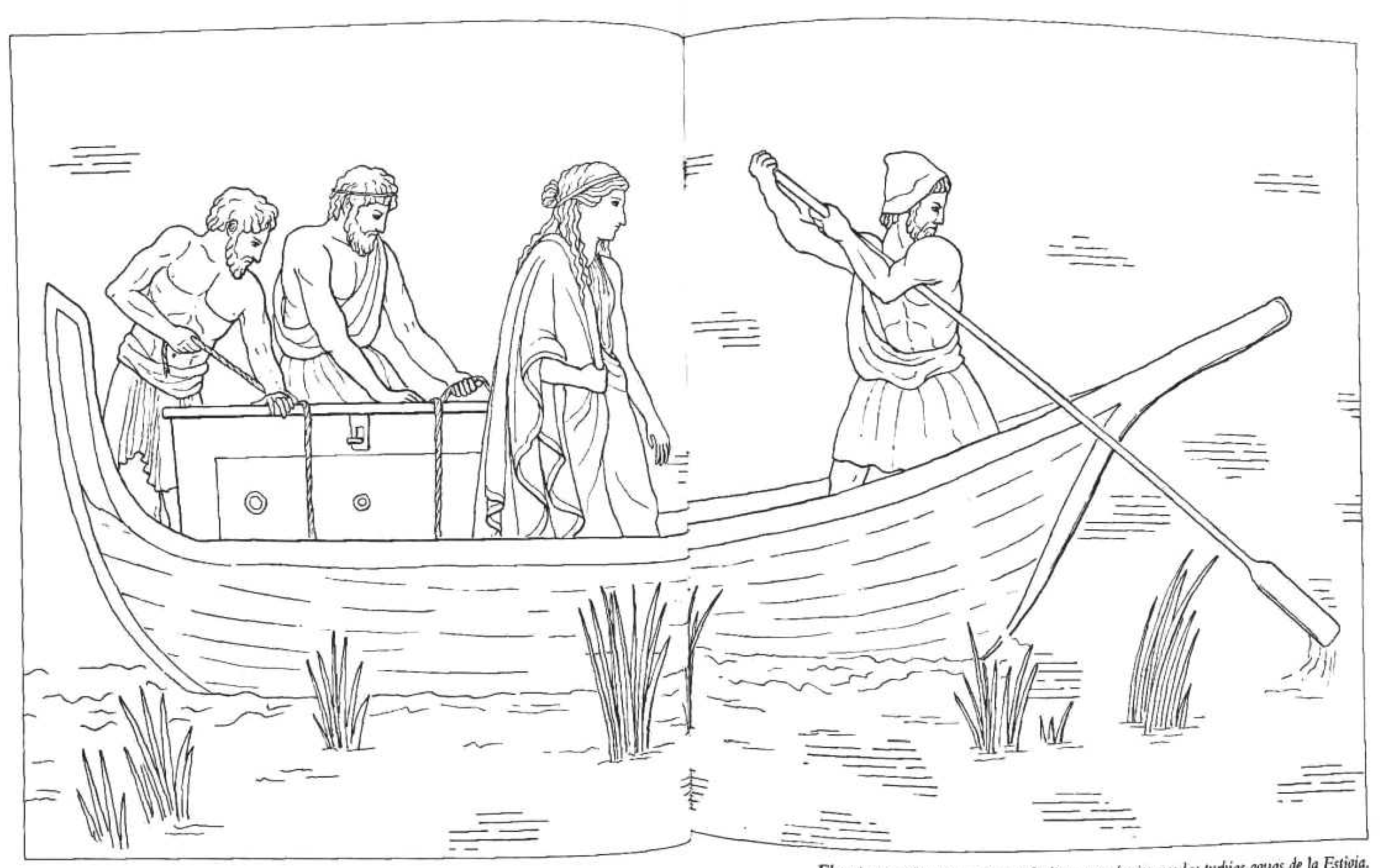
—¡Bienvenida seas, oh Afrodita, la más bella de entre los olímpicos!

Y diciendo estas palabras, Perséfone se alzó de su trono y fue al encuentro de Afrodita para estrechar sus manos en señal de bienvenida.

—La cortesía de tan venerable diosa no puede más que halagarme. Quisiera que, la próxima vez que regreses al mundo de los vivos desde tu exilio, me concedieses el honor de recibirte como huésped y agasajarte en mi morada, allá en la hermosa isla de Chipre de aguas turquesas.

La alegría de Perséfone al recibir a Afrodita había sido genuina, pero la sola evocación de su exilio forzado, así como de las maravillas del mundo que le eran negadas en el inframundo había devuelto a la reina a su acostumbrada languidez. Las manos de Perséfone dejaron de estrechar las de la diosa y cayeron flácidas y frías a sus costados.

—Dime pues, señora, ¿qué es lo que te ha hecho abandonar temporalmente los placeres del mundo para viajar a tan inhóspito rincón?



El taciturno Caronte guio a Afrodita y su séquito por las turbias aguas de la Estigia.

—Vengo a pedirte un favor, gran señora. Traigo conmigo un objeto que me es infinitamente preciado y debo rogarte que me lo custodies. No puedo imaginar un lugar mejor para dejarlo que este, ni ningún cuidado más atento que el que tú puedes dispensarle.

—Y bien, ¿de qué se trata? —inquirió Perséfone, sin excesivo interés.

A continuación, Afrodita mandó hacer pasar a los siervos que portaban el arcón. Al entrar, el grato perfume de la madera olorosa se esparció lentamente por la sala hasta llegar a Perséfone, embriagándola.

—¿Qué es esta delicada fragancia que me evoca recuerdos de flores silvestres y resinas melosas? —preguntó Perséfone, súbitamente embelesada.

—Es la madera del árbol de la mirra, con la que se ha tallado este arcón —respondió Afrodita—. Te pido que lo guardes celosamente hasta el día que vuelva a buscarlo.

Perséfone tuvo que morderse la lengua, pues le hubiera gustado preguntarle a su huésped qué era lo que contenía el arcón, pero en su lugar, Perséfone se limitó a responder:

—Se hará como tú deseas.

Sintiendo que su tesoro estaba por fin a buen recaudo, Afrodita no vio motivo para permanecer por más tiempo en el inframundo. Después de mostrar su gratitud a la reina y de desearle que el resto del ciclo invernal fuera lo más llevadero posible, Afrodita emprendió el viaje de vuelta a las costas de agua cristalina de Chipre y a sus amables pinares de verde perenne.

Una vez Afrodita hubo partido, Perséfone mandó trasladar el arcón a una pequeña cámara cerca de sus estancias

privadas. En la intimidad, lejos de miradas curiosas, Perséfone inspeccionó cuidadosamente el arcón. Descubrió los fascinantes relieves de motivos florales tallados en cada uno de los paneles, así como los herrajes labrados con filigranas y los uróboros de bronce que cumplían la función de anillas para su transporte. También llamó su atención el relieve que adornada la cubierta con una escena de caza que reproducía la pugna entre una leona y un jabalí. La reina posó su cabeza sobre el arcón, lo rodeó con sus brazos, y aspiró profundamente el perfume de su aromática madera.

∞∞

Perséfone custodió el arcón en la cámara, que permanecía cerrada bajo llave durante sus periodos de ausencias. En los largos meses invernales, cuando la nostalgia por el mundo embargaba a la reina exiliada, Perséfone tenía por costumbre encerrarse en la diminuta estancia, acercar su cabeza al arcón y dejar que el perfume de la madera la transportara a desiertos que se convertían en bancales de flores abriéndose con la llegada de las primeras lluvias y a llanuras diáfanas que, repentinamente, se veían inundadas por vibrantes explosiones de vida.

Sin embargo, con cada año que pasaba, cada vez que Perséfone se veía obligada a retornar al inframundo y sentía la necesidad de refugiarse una vez más en el arcón para evocar las maravillas de la vida en el exterior que se le negaban, comprobaba, apesadumbrada, cómo el aire malsano del inframundo hacía que la madera se secara y envejeciera más rápido de lo habitual, disminuyendo sus propiedades aromáticas. Si bien podía decirse que el cofre conservaba intacta su

belleza, el embrujo de vida que manaba de él se iba marchitando progresivamente, a la manera de la propia Perséfone, que sentía cómo su esencia se apagaba lentamente con cada nueva estancia en los infiernos.

∞

El período de exilio invernal apenas se encontraba en su ecuador y Perséfone ya no se veía con fuerzas para soportar el segundo tramo de su cautiverio. Sola y desconsolada, la reina del inframundo buscó refugio en su cámara como tantas veces había hecho. Pero en aquella ocasión ni una pizca de perfume, ni el más mínimo efluvio, emanó de la madera inerte. Presa de la agitación y del anhelo por apartar los oscuros pensamientos que la asediaban, Perséfone examinó el arcón palmo a palmo, en busca de algún rincón en el que la madera todavía conservara el recuerdo de su aroma. Habría dado cualquier cosa por oír hasta al más humilde de los pájaros, por sentir sobre la piel el calor de una mañana de primavera, por trazar los surcos de un arroyo y bañar los ojos en la ansiada luz del sol, incluso la que proyecta en su hora más tenue, se decía a sí misma Perséfone, desesperada. El cofre había tenido el poder de devolverle todas esas cosas tan valiosas. ¿Lo habría perdido para siempre?

Finalmente, consiguió distinguir una vaga reminiscencia de esa fragancia inconfundible en la rendija entre la caja y la cubierta. Entendió entonces que el interior del arcón no debía de haber sido corrompido por el aire insalubre del inframundo y que, tal vez, en esa parte la madera seguiría tan fresca y aromática como el primer día. Quizá el arcón albergara incluso mayores tesoros, como esencias destiladas

de flores o inciensos. La reina notó cómo los deseos de abrir el cofre crecían en sus entrañas como nubes amasándose justo antes de la tormenta, y pese a que se resistía a ceder, pues sus escrúpulos se lo impedían, sentía el anhelo por volver a sentir aquella fragancia y olvidar por unos instantes las penas de su exilio ganándose poco a poco hasta la última fibra de su ser. Finalmente no pudo resistir más, posó sus dedos sobre la tapadera casi sin mirar, y abrió el divino arcón de par en par. Abrió entonces los ojos sobresaltada por una súbita brisa que acababa de bañar su rostro, una oleada de fragancia inundó toda la estancia, y, por unos breves instantes, toda esa vida que tanto añoraba Perséfone logró hacerse un hueco en las olvidadas profundidades del inframundo.

3

El secreto del arcón

Un intenso e inusual aroma, mezcla de mirra y aire fresco, envolvía las estancias privadas de Perséfone. Provenía del enigmático arcón que acabada de abrir desoyendo las indicaciones de Afrodita. Y sin embargo, en su interior no halló tesoro ni objeto valioso alguno. En realidad, la diosa ni tan siquiera fue capaz de vislumbrar el fondo del arcón. Si acaso lo tenía, le era ocultado a sus sentidos por una densa capa de bruma que se perdía en la oscuridad.

Lo que a cualquier mortal hubiese llenado de pavor y recelo no hizo más que encender la curiosidad de Perséfone. Al fin y al cabo, ella era la soberana del inframundo, hija de Zeus y Deméter y esposa de Hades. Si Afrodita había ocultado allí algún monstruo o criatura sobrecogedora, ¿acaso iba ella a espantarse? Sintiendo pues que no tenía nada que temer, tomó la lámpara de aceite que iluminaba la pequeña cámara y se internó decidida en el arcón.

Una vez en su interior, Perséfone se sorprendió al descubrir que no era capaz de percibir nada más que el sonido de sus propias pisadas desplazándose por el vacío sin rumbo concreto. El halo de la lámpara no alcanzaba a imponerse a la bruma, y calcular el paso del tiempo y la distancia recorrida era una ardua tarea. El lugar estaba sumido en el silencio más absoluto, pero, de pronto, la diosa creyó oír un leve goteo que se repetía a intervalos regulares al tiempo que la niebla parecía disiparse lentamente, y Perséfone atisbó por fin algo similar a un pequeño sendero. No sabía si había tomado el camino correcto o si la bruma se replegaba por motivos que nada tenían que ver con ella, pero a falta de una ruta mejor, se encaminó en esa dirección. Al poco, llegó a sus oídos un rumor familiar y vio la luz del día asomándose por detrás de unas rocas. Un sentimiento de sorpresa se apoderó de Perséfone, quien dejó la lámpara en el suelo y se adentró en la luz.

∞

Perséfone había dejado atrás una profunda caverna, y, ante sus extasiados ojos, se desplegaba ahora una playa de arenas blanquísimas ceñida por un plácido mar de color turquesa. En el cielo no había una sola nube y un sol benefactor bañaba a la reina con la luz que tanto había añorado durante su exilio en el inframundo. Perséfone cerró los ojos y llenó sus pulmones con el aire salobre de la playa al tiempo que se abandonaba al rumor de las olas y los graznidos de las gaviotas. Al abrirlos de nuevo, descubrió sorprendida que no estaba sola. No muy lejos de la entrada de la caverna, vio a un muchacho que corría desnudo por la playa detrás de unos conejos. Las dunas servían de madriguera a los roedores y el muchacho



Perséfone abrió el enigmático arcón desoyendo las indicaciones de Afrodita.

jugaba a darles caza con un arco y unas flechas de aspecto rudimentario, confeccionados con fibra de cáñamo y unas ramas de longitud irregular. Los conejos desaparecieron veloces dentro de sus agujeros y la flecha del muchacho apenas consiguió volar unos pocos pasos antes de hundirse inofensiva en la arena. Pasado el momento de máxima excitación, el joven también reparó en la presencia de Perséfone y, sin pensarlo dos veces, fue retozando a su encuentro. A medida que se acercaba, Perséfone pudo apreciar su extraordinaria hermosura, acentuada por su aire pueril y despreocupado. A su vez, los tonos añiles y azulados que daban al rostro de la diosa su particular belleza mórbida comenzaban a ser reemplazados por colores más naturales.

—¡Bienvenida, visitante! —dijo el muchacho sin ninguna reverencia—. ¡Me sorprende ver un rostro nuevo en esta isla! ¿Puedo saber cuál es tu nombre?

Perséfone no estaba en absoluto acostumbrada a esa clase de trato. Por un recibimiento como aquel, cualquier otro dios bien podría haber montado en cólera e invocado una funesta reprimenda. Y sin embargo, lo que más sorprendió a la reina del inframundo fue que la frescura y sencillez del joven no la había molestado en absoluto.

—De donde yo vengo, no es habitual que uno ande inquiriendo a los demás sin presentarse primero —contestó intentando fingirse ofendida, pese a que a duras penas podía ocultar su sonrisa.

—Me llaman Adonis y fui llevado a esta isla por la diosa del amor, Afrodita, cuando no era más que un niño. Desde entonces he estado esperando su retorno o, por lo menos, noticias de ella.

En ese momento, ambos oyeron unas dulces voces femeninas llamando al muchacho desde las profundidades del bosque que lindaba con la playa.

—Ven conmigo —dijo Adonis, al tiempo que tomaba a Perséfone de la mano y se adentraba con paso ligero en dirección a las voces que lo llamaban. La reina no opuso resistencia y se dejó guiar por el muchacho. Los dos penetraron en un bosque frondoso donde se daban las frutas más variadas y en el que colibríes revoloteaban entre flores salvajes sorbiendo el néctar del fondo de sus corolas. También saltaron sobre riachuelos que manaban de rocas musgosas y que formaban estanques de aguas cristalinas en los que peces de colores podían nadar sin ser molestados. Pese a que Perséfone había tenido ocasión de ver el mundo durante los meses en los que no se hallaba cautiva en el inframundo, aquella isla lograba desbordar todos sus sentidos. Nada se le ocurrió tan opuesto al lúgubre reino que presidía como aquella exuberante explosión de colores, fragancias, sonidos y, en definitiva, vida.

∞

Por fin, ambos llegaron a un claro en el bosque donde una sencilla pero confortable cabaña se erguía junto a una fuente. Sentadas a sus orillas vieron a tres figuras femeninas chapoteando con los pies en el agua. Al percatarse de la presencia de Adonis y, sobre todo, de la de Perséfone, las ninfas dejaron sus juegos al instante y fueron al encuentro de los recién llegados. Sus rostros reflejaban el estupor que la visita de un personaje de la talla de Perséfone les producía. Pese a que se esforzaban en demostrar la cortesía y respeto debidas, su desconcierto resultaba más que evidente.

—Te saludamos y damos la bienvenida, oh, gran señora —dijo una de ellas—. ¿En qué podemos servirte?

La reina no tuvo tiempo a responder pues una voz profunda surcó los cielos al grito de «¡Perséfone!». Enseguida supo que era la voz de su esposo y comprendió que debía de estar buscándola. La voz resonó en su mente como una punzada de culpa pues Zeus había decretado que, durante los meses invernales, debía permanecer confinada en el inframundo y no paseando por aquella idílica isla. Hechizada por la belleza de todo cuanto veía, Perséfone no se había detenido a meditar sobre las consecuencias de sus actos. Instintivamente, bajó la cabeza avergonzada. Al hacerlo, pudo ver que la densa bruma había regresado, envolviendo primero sus pies y engulléndola de nuevo.

∞∞

Perséfone despertó en la estancia de su palacio, presa de un sentimiento de culpa y desconcierto. No reveló a su esposo el incidente ocurrido en la maravillosa isla, pues todo lo relacionado con el arcón lo guardaba con celo y, pese a que Hades jamás la había tratado mal, no estaba del todo segura de cómo reaccionaría al tener conocimiento de semejante portento. Durante los días siguientes, el recuerdo de la isla rondó a todas horas su cabeza, en especial en los momentos de mayor nostalgia por los encantos del mundo exterior. Bastaba con que cerrase los ojos para sentir el sonido de las olas, la brisa fresca acariciando su cara, y, sobre todo, la sonrisa de Adonis, su joven y candoroso habitante, iluminándola. Todas aquellas imágenes se le aparecían cual vívido sueño: eran la promesa de un paraíso que ella prácticamente podía acariciar con sus pálidas manos. No transcurrió mucho tiempo hasta que Hades fue convocado por Zeus y debió abandonar su reino. Tal circunstancia hizo que la disciplina que Perséfone se había impuesto a sí misma, y que tanto esfuerzo le estaba costando acatar, terminara resquebrajándose. Cuando la diosa estuvo de nuevo sola, se encerró en la pequeña cámara con el corazón golpeando con fuerza su pecho y se apresuró hacia el arcón.

∞∞

En esa ocasión la playa estaba desierta. Ni tan solo la colonia de conejos había salido de sus madrigueras para retozar bajo el sol. Soplaba una agradable brisa marina que animó a Perséfone a caminar descalza a lo largo de la franja de arena que se extendía en el rompiente de las olas. El sol había empezado a hundirse en el océano y las aguas habían adquirido unos tonos irisados al tiempo que el horizonte se vestía de malva y bermejo. Al cabo de un rato, los pasos de Perséfone la condujeron hasta un conjunto de grandes rocas que se adentraban en el mar. En la punta de una de ellas divisó la silueta de un muchacho que reposaba sentado frente al océano. Era Adonis, quien se hallaba tan ensimismado en sus pensamientos que no reparó en la llegada de Perséfone hasta que la tuvo a su lado.

—¡Qué ven mis ojos! ¡Has regresado! —dijo el muchacho con súbito alborozo—. Las ninfas que cuidan de mí no quisieron revelarme tu nombre ni el motivo de tu extraña visita.

—Basta con que sepas que soy Perséfone, hija del dios Zeus y la diosa Deméter, y esposa de Hades, el soberano del inframundo —respondió Perséfone, luchando por sofocar la alegría que le producía volver a ver al chico.

—¡Así pues, yo tenía razón! —dijo Adonis, poniéndose en pie de un brinco—. ¡Es Afrodita quien te envía!

—Afrodita no sabe que estoy aquí —dijo Perséfone con frialdad—. He venido por mi propia voluntad, y por mi propia voluntad puedo marcharme.

Al oír estas palabras, Adonis soltó un suspiro y pareció como si su entusiasmo se deshinchara de golpe.

—¿Marcharte? ¡No sabes cómo te envidio! —se lamentó.

—Admito que me cuesta entenderte. Esta isla ha sido agraciada con los mejores dones que provee la tierra. ¿Cómo puedes querer abandonar edén semejante? —dijo Perséfone, abarcando el horizonte con un gesto de su mano.

—A ti te parece hermosa porque tienes la libertad de entrar y salir de ella a tu antojo. Pero para mí se ha convertido en una prisión —dijo Adonis, volviéndose a sentar en la roca y oteando el mar con expresión melancólica—. Yo ya la he recorrido en infinidad de ocasiones y no me queda ningún secreto por desvelar, ni ninguna aventura por vivir. Por eso paso las tardes aquí, contemplando el océano y soñando con todos los lugares y gentes que depara y que, muy a mi pesar, puede que nunca llegue a conocer.

Perséfone se sintió conmovida y, posando la mano sobre la cabeza del muchacho, le confesó:

—Créeme cuando te digo que sé lo que es sentirse prisionero y desear con todas tus fuerzas encontrarse en otro lugar.

Adonis tomó entonces su mano con tal firmeza que un rastro de rubor se dibujó en las mejillas de la diosa. Mirándola solemne con sus grandes y bellos ojos, le suplicó:

—Entonces, llévame contigo, Perséfone. Eres una diosa, seguro que está en tu mano el sacarme de esta isla.

—No sabes lo que dices, muchacho. Si supieras de dónde vengo, huirías despavorido —le respondió ella con brusquedad. Y apartando su mano de la de Adonis, añadió—: Debes saber que esta será mi última visita a tu isla, a la que adoro, pero a la que ya no volveré más.

Y diciendo esto, Perséfone se desasió de Adonis y regresó a la playa por el camino de rocas. Este no pudo hacer más que contemplar abatido cómo se alejaban los pasos de la diosa.

∞∞

El sol casi se había ocultado por completo bajo del mar y las rocas proyectaban sombras alargadas sobre la arena. La brisa salobre iba cargada con una fragancia de lirios que se extendía por la isla mientras comenzaba a caer la noche. Perséfone se acercó al linde del bosque y se hizo una guirnalda entrelazando flores y espigas. Mientras la confeccionaba, una cierva con su cría surgieron de entre la vegetación y se acercaron a la diosa, dejándose acariciar por ella como si de criaturas mansas se tratase. Perséfone arrancó unas hojas frescas, dio de comer a los venados de su mano y los envió de vuelta a la profundidad de la arboleda. Por espacio de unas pocas horas, había olvidado por completo las penurias del inframundo y se había entregado con deleite a recorrer la isla. Si bien desconocía la forma exacta de regresar, confiaba en que, al igual que en la ocasión anterior, esta se produciría sin que mediase su voluntad en ella.

Perséfone se tendió al fin en un pequeño claro donde crecía la hierba y se abandonó por unos instantes a contemplar la inmensidad del firmamento. Cerró los ojos y, sin que pudiese evitarlo, afloró en su mente el vívido recuerdo del rostro apuesto y bronceado de Adonis, a quien no había vuelto a ver en toda la tarde. En esa evocación, el muchacho le sonreía

y sus ojos de gacela la miraban con una dulzura cautivadora. Perséfone cayó en algo parecido a un placentero duermevela.

∞

Era plena noche cuando Perséfone despertó. La diosa no sabía si había pasado mucho o poco tiempo dormida. Al incorporarse, sintió un sobresalto al ver una figura agazapada entre las sombras al borde del claro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, conteniendo el susto inicial.

—No pretendía espantarte. Parecías dormir tan profunda y plácidamente —le respondió Adonis, avanzando un par de pasos y dejándose ver.

—¡Me has estado siguiendo! —exclamó Perséfone mientras se ponía en pie y recuperaba su decoro—. ¿Cómo te atreves a espiar a una diosa? ¿No te das cuenta de que una osadía como esta podría salirte muy cara?

—Discúlpame, gran señora, no pretendía ofenderte. Confieso que te he seguido porque no había perdido toda esperanza de que tu corazón se ablandase y decidieras llevarme contigo a tu reino.

—Mi reino es un lugar que espero que no conozcas hasta bien entrado en el otoño de tus días —le respondió Perséfone con frialdad. Entre ellos se hizo un silencio, nada más interrumpido por las olas del mar. Al fin Perséfone añadió—: Se ha hecho tarde, debes regresar a tu cabaña y a tus ninfas. Ha llegado la hora de despedirnos.

Adonis se tiró entonces a sus pies y, en un gesto suplicante, le abrazó las rodillas.

—¡Llévame contigo, te lo suplico! No me rechaces ni me desprecies. Aunque tan solo sea un muchacho que lleva una



Adonis suplicó a la reina del inframundo que lo liberara de su prisión paradisíaca.

existencia silvestre haré todo lo que esté en mi mano por ganarme tu aprecio.

Perséfone sintió que se le partía el corazón, pues si rehusaba al muchacho era únicamente por su propio bien. Así, reunió las fuerzas necesarias para advertirlo una vez más del destino que lo aguardaba:

—Adonis, escucha atentamente: tienes que comprender que si decides acompañarme ya no volverás a ver la luz del sol, ni el verdor de las hojas y la hierba, ni tampoco volverás a oír el canto del jilguero o a sentir la fresca brisa del mar. Por el contrario, tus días transcurrirán en un reino desolado al que todos los mortales temen y al que hasta los mismísimos dioses intentan evitar en lo posible. Allí no hay más que sombras y yermos páramos grises; el único canto que llegará a tus oídos será el ulular de las almas condenadas. Después de todo lo que te acabo de decir, ¿todavía quieres venir conmigo?

Adonis dudó unos segundos que Perséfone aprovechó para desasirse de él y darse la vuelta. El chico permanecía inmóvil, con la mirada perdida y el corazón palpitando, repleto de dudas. Por un segundo todo lo que lo rodeaba y que se había convertido en la fuente de su hastío —la playa, el mar, las estrellas— parecía recobrar un nuevo y fascinante atractivo. Y sin embargo, su indómita sed de aventuras lo arrastraba con fuerza hacia lo desconocido. Perdido como estaba en tales cavilaciones, no reparó en la densa niebla que empezaba a formarse a su pies, y que no tardó en cernirse sobre ambos y devorarlos sin misericordia.

4

El juicio de Zeus

Un viento gélido soplaba sobre los Asfódelos, los prados sumidos en una noche perpetua que se extendían por los infiernos. Las hierbas grises que los cubrían se doblaban sumisas con cada golpe de viento, de tal forma que casi parecían temblar de puro miedo. Pero no solo hierba crecía en los prados irrigados por la laguna Estigia, sino también los gamones de flores blancas que le daban nombre. Por doquier crecían aquellas plantas de extraña belleza que, con sus pétalos pálidos, daban a los prados el aspecto de un cielo estrellado al que un velo de neblina hubiera arrebatado el brillo. Aunque inhóspitos, los prados no eran ni mucho menos un lugar solitario, pues por ellos vagaban, en un devenir infinito, las almas y espectros de los muertos. Estas nunca se detenían, a pesar de que ningún destino las aguardaba al final de su lúgubre marcha.

En aquellas praderas también pastaban los bueyes negros de Hades, unas colosales bestias de afilados cuernos y ojos

más oscuros que las insondables profundidades del Tártaro. Del rebaño solía hacerse cargo Menecio, boyero del dios del inframundo, pero ese día había quedado a cargo de su joven ayudante Adonis. Con una zamarra que a duras penas le protegía del frío y sujetando un áspero cayado que le servía de apoyo durante las largas horas de su guardia, el joven suspiraba desconsolado: ¿qué había sido del mar azul que solía inundar sus ojos, de la brisa fresca que acariciaba su rostro, del sol que le regalaba su calor mientras corría desnudo por la playa? Adonis Intentó derramar una lágrima por aquellos recuerdos, pero ese funesto reino se las había secado todas.

No pasaba un día sin que reviviese su brusco despertar en las estancias de Perséfone. Recordaba sobre todo la luz mortecina y el viciado aire que reinaba en aquel lugar, pues le produjeron una inmediata punzada de arrepentimiento. En cuanto la diosa salió de la habitación en busca de ropajes para abrigarlo, Adonis corrió hacia el arcón y lo abrió de par en par, presa de un arrebato de pánico. Sin embargo, lo único que encontró fue un fondo vacío de madera. La magnitud de lo que acababa de hacer golpeó su cabeza al instante y, cuanto más pensaba en ello, mayor era su desazón. Adonis se había considerado a sí mismo un hombre, pero ahora se daba cuenta de que en muchos sentidos continuaba siendo un niño. Al renunciar a su isla, a ese hogar que le había ofrecido Afrodita, había perdido irrevocablemente los placeres del mundo de los vivos.

Tan solo la imagen de Perséfone evitaba que el joven cayese en la más absoluta desesperación. Sus primeros días en el inframundo habían transcurrido al servicio de la que ahora era su reina. Sin embargo, esta pronto se dio cuenta

de que la cercanía que compartía con el chico y los tiernos cuidados que le dispensaba terminarían granjeándole problemas con Hades. Muy a su pesar, puso al muchacho bajo el cuidado de Menecio, pues quería apartarlo de palacio sin por ello perderlo. Pero pese a que Adonis sabía que Perséfone velaba por él y que bajo su protección no tenía nada que temer en aquel horrendo mundo, las ocasiones en las que ambos podían verse libremente eran escasas.

Mientras Adonis estaba ensimismado en sus pensamientos, llegó hasta él Menecio acompañado del espectro de un mensajero al servicio de la reina. El mensajero le informó de que Perséfone lo llamaba sin demora y que la encontraría a orillas del río Leteo. Menecio quedó entonces al cuidado de las reses y Adonis partió a la carrera al encuentro de su reina. Las palabras del mensajero habían atizado su corazón, del que irradiaba ahora un agradable calor que se iba propagando por todos sus miembros recordándole que él, al contrario de los que lo rodeaban, todavía no estaba muerto. Para el joven, el tiempo que se extendía entre una cita y la siguiente no era más que un odioso manto de frío y tinieblas. Pero lo peor era sufrir la larga separación que ocurría cada año cuando llegaba la primavera y Perséfone retornaba por un tiempo al mundo de los vivos.

◇◇◇

Al fin llegó Adonis a orillas del río Leteo, el lugar acordado con la reina del inframundo. Allí lo esperaba Perséfone, ataviada con una elegante túnica negra y un cinto de plata. La reina había mandado a su séquito de vuelta al palacio, por lo que se creía a salvo de miradas indiscretas. Perséfone reci-

bió a Adonis en sus brazos y antes de estrecharlo sus ojos se abrevaron en la belleza del joven. Allá en el inframundo, su piel había perdido el bronceado de antaño y se había vuelto pálida como la luna, pero semejante blancura no hacía sino resaltar la forma de sus largas pestañas, así como los bucles de cabello castaño que caían sobre sus hombros desnudos.

—Perséfone, por fin me has llamado —dijo Adonis—. La espera se me había hecho tan larga y ardua que empezaba a creer que ya te habías hartado de mí.

—Ay, mi pequeño Adonis, ¿cómo podría hartarme de ti? ¡Nada de lo que poseo en este reino valoro más que tu compañía!

Sin embargo, el furtivo encuentro de la pareja no pasó desapercibido. La náyade Lete, guardiana del río, los vio paseando juntos y sus murmullos remontaron las aguas hasta alcanzar las fuentes del mundo de los vivos.

∞

A oídos de Afrodita llegó el rumor de que Perséfone se hacía acompañar por un joven que era la criatura más apuesta que ojo de dios o mortal hubiera contemplado nunca. La noticia pasó entre los demás olímpicos como un chisme ridículo y sin fundamento, pues el inframundo no era precisamente conocido por la gracia y hermosura de sus tristes habitantes. Afrodita, en cambio, tenía sobrados motivos para sospechar que el rumor podía ser cierto y que Perséfone había faltado a su promesa de custodiar el arcón. El ansia de corroborar o desmentir sus conjeturas la llevó de nuevo al inframundo en la mayor brevedad posible. En esta ocasión, Eros la acompañó, pues el dios alado temía los estragos que pudiera causar

la cólera de su madre en caso de que sus temores se vieran finalmente confirmados.

Perséfone recibió a sus huéspedes en el salón del trono. A diferencia de la ocasión anterior, en la que se deshizo en cortesías, esta vez no se dignó a levantarse de su trono. Cuando la diosa del amor y Eros irrumpieron en la estancia, se dieron de bruces con una reina arrogante y de porte altanero.

—¿A qué debo el honor de tu visita, Afrodita? —preguntó Perséfone sin ocultar su ironía—. ¡Ha transcurrido tanto desde la última vez que nos obsequiaste con tu presencia, que temía que hubieses olvidado la existencia de este lugar!

—Tienes algo mío y he venido a buscarlo —respondió Afrodita, desafiante.

—Lo que es tuyo te será devuelto, pues soy señora de palabra —al decir esto, Perséfone hizo una señal y dos de sus sirvientes entraron al salón cargando un arcón que depositaron ante Afrodita. La diosa lo examinó cuidadosamente. En efecto, se trataba de su preciado arcón: las filigranas florales, los herrajes, los goznes dorados, el relieve de la leona y el jabalí. Todo estaba en sitio y, sin embargo, con solo verlo, Afrodita supo que faltaba lo más importante. Así pues, abrió el arcón delante de todo el mundo revelando un simple fondo de madera y nada más.

—No quería dar crédito a los rumores de tu perfidia, pero ahora veo el error que cometí al tenerte tan bien considerada.

La diosa hizo oídos sordos a los agravios de Afrodita y se limitó a responder con indolencia:

—Cuando viniste a mí hace años me entregaste este arcón en custodia y, ahora que me lo reclamas, te lo devuelvo. Puedes hacer con él lo que gustes. Es todo tuyo.

A Afrodita le pareció que Perséfone le hacía mofa y un sentimiento de cólera se apoderó de ella.

—¡Basta de juegos! ¡Sabes perfectamente a qué he venido! ¿Dónde está Adonis?

En el salón del trono se oyeron entonces unos pasos. Afrodita y Eros vieron una apuesta y joven figura aparecer de entre las sombras y subir los peldaños del estrado para colocarse junto a la reina, que le ofreció un cómodo camastro sobre el que pudiera recostarse y exhibir su belleza. Los fuegos que iluminaban el estrado revelaron entonces los atributos del muchacho: sus miembros perfectamente proporcionados, sus largas pestañas, y sus sensuales labios que parecían hechos para ser besados. Para tan especial ocasión, Perséfone lo había mandado despojarse de sus ajadas prendas de pastor y, en su lugar, lo había vestido con una fina túnica blanca y una guirnalda de plata engarzada de brillantes y piedras maravillosas que solo se encontraban en las entrañas de la tierra.

—¿Es cierto lo que ven mis ojos, madre? —interrogó Eros, todavía incrédulo—. ¿Es posible que este joven de implacable belleza sea el niño del que tiempo atrás decidiste hacerte cargo?

Por unos instantes, la ira de Afrodita se había visto eclipsada por el asombro que la diosa sintió al volver a ver a Adonis, al que todavía recordaba como ese niño encantador y travieso que traía de cabeza a las sacerdotisas de su morada chipriota. Las palabras de Eros, sin embargo, la sacaron de su estupor y, de nuevo, volvió a prender la cólera en su pecho.

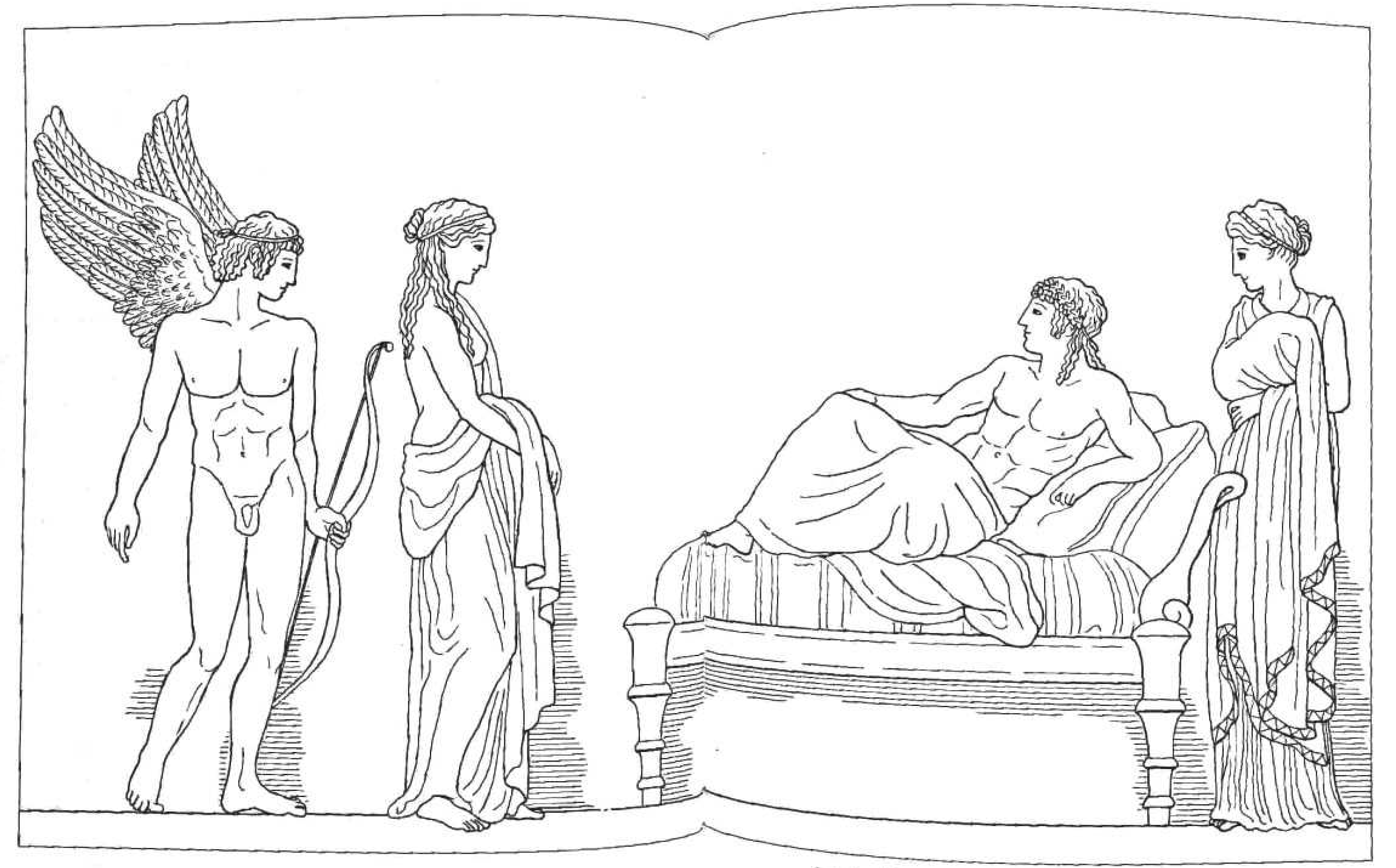
—Adonis —lo llamó Afrodita—, me vi obligada a encerrarte en el arcón para protegerte de la codicia de los

dioses, pero ahora que ya casi eres un hombre ha llegado la hora de que regreses por fin al mundo de los vivos.

Los ojos de Adonis se humedecieron y el joven agachó la cabeza para no delatar sus emociones.

—Adonis es ahora mi protegido —respondió por él Perséfone—, y no irá a ninguna parte sin mi consentimiento. Mejor que seas tú quien regrese. Deshaz la senda por la que has venido y nunca más vuelvas a pensar en él.

El desaire de la reina terminó de colmar el vaso de la ira de Afrodita, quien, presa del furor, se abalanzó sobre Perséfone. La reina del inframundo se quedó petrificada en su trono, pues en absoluto esperaba tal reacción, pero, por fortuna, el alado Eros fue más rápido que ambas y en el último segundo consiguió interponerse entre su madre y Perséfone. En el calor del momento, Eros no reparó en que una de sus flechas estaba mal colocada en su carcaj, dejando la punta al descubierto, y al interponerse entre las dos, el filo del venablo rozó la mejilla de Afrodita por accidente. Una gota de sangre brotó de la mejilla de Afrodita y pareció como si la gota de la diosa contuviera toda la luz y vitalidad del universo. Llevado por un impulso, Adonis se sustrajo de sus propios pesares y, dando un ágil paso al frente, secó la herida de Afrodita con la punta de su túnica impoluta. En ese instante, las miradas de ambos se encontraron. Para la diosa, lo que hasta entonces había sido un sentimiento de protección maternal y un inevitable afán por presidir sobre todo lo que es bello, se transformó en deseo carnal y devoción amorosa. El súbito enamoramiento dejó a la inmortal medio aturdida, pero todo sucedió con tal rapidez que ni Eros ni Perséfone parecieron darse cuenta de ello.



La reina del inframundo se negó a devolver a su protegido a la diosa del amor.

—¡Sosegaos, por Zeus! —gritó Eros con ánimo conciliador—. ¿No veis que es indigno que dos diosas de vuestro rango resuelvan sus desacuerdos por la vía de la fuerza?

—Tienes razón, Eros querido —concedió Afrodita, relajando su cuerpo crispado y dando un paso atrás—. No será por mi propia mano que conseguiré que se imparta justicia.

Y sin decir una palabra más, Afrodita se dio la vuelta y abandonó la sala del trono seguida por el alado Eros. Perséfone, todavía conmocionada por el súbito arranque de furia de Afrodita, se juró a sí misma que ella también plantaría cara por Adonis hasta las últimas consecuencias.

∞

La noticia de que Zeus había llamado a Afrodita y a Perséfone a juicio para decidir el destino de un simple mortal se extendió como las llamas por todo el monte Olimpo. Por vez primera, Perséfone se hizo acompañar del joven en su viaje de regreso al mundo de los vivos, ya que la presencia de este también se requería en el juicio. Había llegado por fin la primavera —pues bajo ningún concepto se le hubiera permitido a la diosa ausentarse del inframundo durante los meses invernales—, así que, cuando ambos emergieron al exterior, el radiante brillo del sol cegó al joven, cuyos ojos estaban ya demasiado habituados a las tinieblas del Hades. Al cabo de un rato, cuando Adonis fue acostumbrándose a la luminosidad, pudo ver ante él un extenso prado florido y, al fondo, una majestuosa montaña cuya cima se escondía detrás de una franja de nubes que surcaban el cielo con parsimonia. Abejas y abejorros zumbaban a su alrededor, atareados en recolectar el suculento néctar de las flores, y una bandada de petirrojos

hacían piruetas en los cielos. No lejos de donde se encontraba, un riachuelo cantaba alegremente y el reflejo plateado de sus aguas hacía centellear a los guijarros que descansaban en su cauce. El aire, cargado del olor a hierba fresca y de una sutil fragancia de flores, embriagó al joven como si de un trago de vino sin aguar se tratara. Ante tal visión, Adonis sintió que le flaqueaban las piernas y que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse ya que no quería que Perséfone lo viera abrumado por el caudal de emociones que le había despertado su retorno al mundo. Perséfone, ajena a las tribulaciones del joven, estaba exultante de felicidad y allí donde ponía un pie estallaban nuevos racimos de flores de los colores y texturas más variados.

—¿Cuál es esa imponente montaña que se pierde entre las nubes? —acertó a preguntar Adonis al cabo de un rato.

—Es el monte Olimpo —le respondió Perséfone, quien recuperó la seriedad al recordar el motivo del viaje—. Ahí nos dirigimos para demostrar a la presuntuosa Afrodita que tu lugar está a mi lado, en el inframundo. Cuento con tu apoyo y lealtad a la hora de persuadir a Zeus de la justicia de mi demanda.

Adonis no tuvo tiempo de responder. En ese momento apareció el magnífico carro dorado de Zeus tirado por corceles blancos que encarnaban la fuerza de los cuatro vientos. A las riendas se encontraba la diosa Astrea, a quien Zeus había mandado en su carro con la misión de traer a los recién llegados del inframundo hasta el Olimpo celeste. Perséfone y Adonis subieron al carro detrás de la diosa y los corceles empezaron a galopar con brío, alzándose por encima del prado de la montaña hasta desaparecer en el

interior de los cúmulos que ceñían la cima. Al otro lado de las nubes, Adonis por fin vio la acrópolis del Olimpo con el palacio de Zeus en el centro y la explanada que se extendía frente al pórtico y en la que ya se había concentrado un grupo de curiosos. El carro descendió sobre la explanada y Astrea tiró con fuerza de las riendas para detener a los corceles que, llevados por el ímpetu de su carrera, se encabritaron y soltaron unos retumbantes relinchos. Cuando Adonis se apeó del carro no podía creer lo que veían sus ojos. Frente al pórtico, sentado en un trono elevado y presidiendo sobre los allí reunidos, se encontraba el imponente Zeus mesándose la barba en señal de impaciencia. A su alrededor, y formando un semicírculo, se encontraba el resto de los dioses olímpicos, con excepción de Poseidón, que había preferido permanecer en su palacio submarino y Hefesto, que se había quedado trabajando en su forja. Por supuesto, tampoco estaba Hades, a quien Perséfone había logrado disuadir, sabiendo que era poco amigo de viajar al Olimpo. Afrodita ocupaba un lugar aparte a un lado del trono, tal y como correspondía a las partes litigantes. Al cruzarse las miradas de Adonis y Afrodita, el joven revivió el episodio ocurrido en el palacio del rey de los infiernos, cuando sus corazones se prendaron mutuamente. A cierta distancia de los olímpicos, se agolpaba ahora una pequeña turba de curiosos conformada por ninfas, variopintas deidades menores y sirvientes de los dioses que observaban la escena con gran expectación. Perséfone fue a ocupar su lugar al otro lado del trono y, al pasar por delante de su madre, Deméter, la saludó con cariño. Zeus reparó en este gesto y la amonestó con voz atronadora:

—Espero que no sea preciso recordar cuán solemne es el asunto que nos ocupa —dijo, dirigiéndose tanto a ella como a los demás dioses. No estamos aquí por gusto, sino para dirimir una disputa entre dioses olímpicos. Los gestos de simpatía están, por la tanto, fuera de lugar.

—Lo sé, padre —le respondió Perséfone con una sonrisa—, para mí siempre es un gusto asistirte en la tarea de hacer justicia. Estoy ansiosa por exponerte mis razones y no tengo la menor duda de que, una vez las hayas escuchado, te pondrás de mi parte.

—Yo no estaría tan segura —replicó Afrodita, lacónica.

Afrodita era consciente de que el único modo de forzar el brazo de la reina del inframundo era encomendarse al padre de los dioses. Cierto era que, desde que Zeus la forzara a casarse con el deforme Hefesto y, no contento con esa humillación, la hiciera enamorarse del mortal Anquises, existía entre ambos cierta tirantez. Pero también era cierto que Zeus temía a Afrodita, pues el dios soberano no era inmune a sus encantos, y el deseo que le inspiraba lo había puesto en más de un aprieto con su esposa Hera. Fue por eso que, cuando la diosa acudió a él con el relato de Adonis y sus quejas sobre el comportamiento de Perséfone, el dios soberano no se hizo de rogar y accedió a mediar en la disputa con el fin de hacer justicia y, al mismo tiempo, de mantener alejada tanto a la diosa como a las tentaciones que esta le despertaba.

En cuanto el juicio dio comienzo, Perséfone y Afrodita se enzarzaron en un intercambio de reproches, ocasión que aprovechó Adonis para fijarse con más detenimiento en la pléyade de dioses que allí se habían reunido para decidir su destino. Ahí estaba Atenea, portando su inconfundible yelmo,

cuya mirada altanera no se apartaba por un momento de la diosa nacida de la espuma. También reconoció a Ártemis por su magnífico arco y flechas, observando a las diosas en disputa con una sonrisa sardónica, pues para la inmortal virgen no dejaba de ser un triste espectáculo el ver a ambas pelearse por un joven. Finalmente, la mirada de Adonis se cruzó con la de Ares, al que reconoció por su armadura y su casco espartano. Los ojos del dios brillaban como dos ascuas al rojo vivo debajo de las aberturas en el casco. Por unos instantes, Adonis quedó cautivado por la mirada penetrante del dios, pero enseguida agachó la cabeza, turbado. La voz estentórea de Zeus se alzó entonces por encima de los reproches de las litigantes, acallándolas a ambas:

—¡Basta de gritos! ¡Basta de graznidos! ¿Qué grotesco espectáculo es este? Habéis venido al Olimpo para que yo, el soberano de los dioses, arroje luz a vuestro desacuerdo. Por lo tanto, ¡os ordeno que acatéis mi voluntad y os comportéis dignamente! —Y, recuperando la calma, prosiguió—: Nos hemos reunido para decidir el destino del joven Adonis, la potestad del cual está en disputa. Afrodita, tú que has solicitado este juicio, ¿cuáles son tus razones para exigir que Adonis te sea entregado?

Al convertirse en el centro de todas las miradas, Afrodita pareció resplandecer, y tras una breve pausa, respondió:

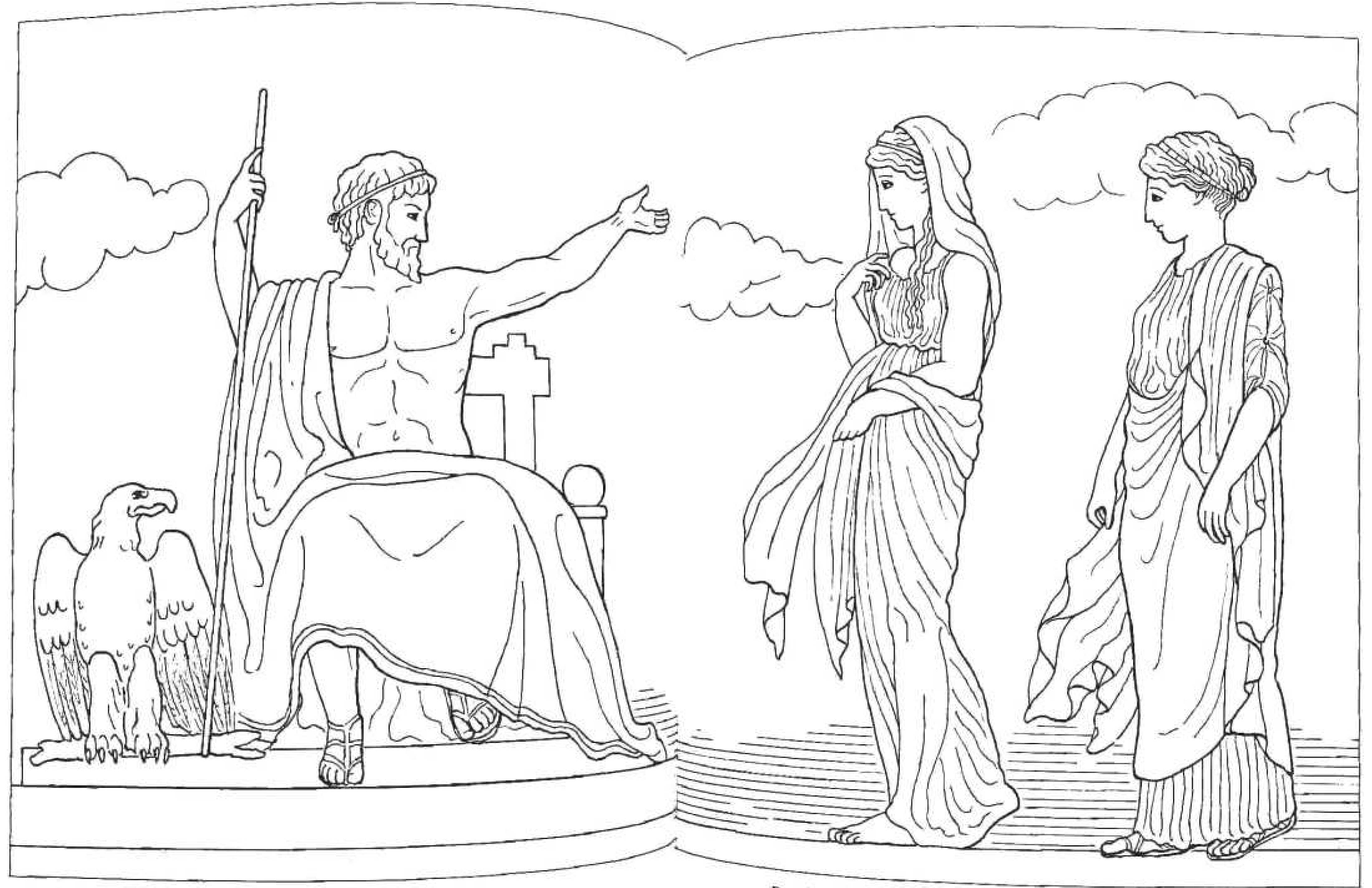
—He criado a Adonis como si fuera mi propio hijo desde que lo rescaté de una muerte segura cuando era un recién nacido. Es cierto que lo confiné en un arcón, pero fue por miedo a que mis enemigos conspiraran para arrebatármelo. Llevada por mi celo protector, decidí ocultar el arcón a los ojos del mundo y por ello rogué a Perséfone que lo custodiara, a lo que ella accedió. Y ahora, tiempo después, descubro que Perséfone ha profanado el arcón impunemente y que se niega a devolverme a aquel a quien quise resguardar en su interior.

—Disculpa, padre soberano —respondió Perséfone con tono sumiso—, pero me cuesta un gran esfuerzo contenerme al tener que oír tamañas falsedades. Confío en que las artes del embeleso y el engaño, que tanto sirven a Afrodita en sus coqueteos, sean inocuas contra la justicia de los dioses.

—Cuéntame pues tu versión de los hechos —le apremió Zeus, impaciente.

—Afrodita no te engaña cuando dice que vino a mí con un arcón y con la petición de que se lo guardara. Yo cumplí escrupulosamente mi promesa y el arcón no ha sufrido daño alguno, más allá del desgaste natural causado por el tiempo y los aires malsanos del inframundo. Pero Afrodita olvida mencionar que jamás especificó su voluntad con respecto al contenido del arcón, ni tampoco que lo custodié durante años sin que ella se preocupara de reclamarlo. Cuando por fin me decidí a abrirlo, por temor a que su contenido se hubiera deteriorado, descubrí que había aprisionado allí al joven Adonis quien, al verme, me suplicó que lo liberara. Yo me apiadé de él y lo llevé de vuelta conmigo al inframundo, donde ha permanecido hasta hoy bajo mi vigilancia y protección.

—¿Te apiadaste, dices, sacándolo de una isla maravillosa donde no le faltaba de nada para arrojarlo a la oscuridad eterna del inframundo? —replicó Afrodita, mordaz—. Di más bien que no soportabas la soledad de tu exilio y que en mi Adonis encontraste tu único consuelo.



Perséfone y Afrodita acudieron al Olimpo para que Zeus solucionara su desacuerdo.

Tras escuchar a ambas partes, Zeus pidió a Adonis que se acercara al trono. Al joven se le había hecho un nudo en la garganta al oír la poderosa voz del dios del trueno, pero hizo acopio de aplomo y obedeció. Al verlo de cerca, Zeus no pudo evitar sentir admiración por la hermosura de su juventud.

—Adonis: te veo, y lo que se revela ante mis ojos ya no es un niño —le dijo Zeus—. Eres un hombre, y como tal, eres capaz para hablar por ti mismo. Dime, ¿es cierto lo que cuenta Afrodita, que te crio, salvándote de la muerte? ¿Y es también cierto lo que cuenta Perséfone, que fuiste tú quien le rogó que te sacara de la isla en la que te hallabas confinado?

Adonis miró de reojo a un lado y al otro, sintiendo que las miradas de Afrodita y Perséfone se clavaban en él. Al fin acertó a responder:

—Sí, soberano de los dioses. Ambas cosas son verdad. A Afrodita le debo que me salvara la vida y me criara. Y Perséfone ha cuidado de mí desde que le pedí que me llevara con ella, cuando no era más que un niño. Así pues, supongo que estoy en deuda con ambas.

La respuesta de Adonis no dejó satisfecha a ninguna de las dos diosas en disputa. El único que parecía complacido por su testimonio era el juez. Zeus volvió a mesarse la barba, esta vez pensativo. Un silencio expectante se hizo en todo el monte. Hasta el último de los presentes contenía el aliento aguardando su resolución.

—Pues he aquí mi veredicto —dijo al fin el hijo de Crono—. Tanto Afrodita como Perséfone tenéis derechos sobre el joven Adonis, ya que ambas lo habéis criado. Por lo tanto, sentencio que pase con cada una de vosotras un período del año de idéntica duración.

—¡No es posible! —dijeron ambas al unísono.

—¡Por supuesto que lo es! —bramó Zeus, alzando un brazo en el que se dibujó el fulgor resplandeciente de un rayo—. Pero no he terminado todavía. —Y volviendo a apoyar el brazo en el trono, añadió—: El año será divido en tres partes y cada una de vosotras dispondrá de un tercio. El tercio restante será para el propio Adonis, quien tendrá completa potestad para ocuparlo con la compañía que le plazca.

Perséfone soltó entonces una risa triunfal, sintiendo que en el último momento la balanza se había inclinado ligeramente a su favor. Afrodita, en cambio, permaneció silenciosa y buscó la mirada de Adonis con la suya. El joven dirigió sus ojos hacia ella y ya no pudo volver a apartarlos.

—Y bien, Adonis ¿qué decides? —le preguntó Zeus—. ¿Con quién deseas pasar el tiempo que a ti te corresponde?

Adonis no respondió y la risa de Perséfone se acalló, mudando en una expresión de incredulidad y creciente inquietud al ver que Adonis y Afrodita seguían con los ojos clavados el uno en el otro.

—¡Adonis! —intentó interpelarlo Perséfone, alarmada. Pero parecía como si el joven ya no la oyera.

Adonis, absorto, abrió la boca sin emitir sonido alguno durante unos instantes que pesaron sobre las dos diosas como toda una eternidad. A continuación, con expresión en el rostro semejante a la de quien despierta de un largo sueño, alzó la mirada hacia Zeus y, con toda la determinación de la que pudo armarse, proclamó:

—A Afrodita, oh dios soberano, entrego el tercio del tiempo que a mí me toca.

5

La profecía del oráculo

Deseosa por dejar atrás el monte Olimpo cuanto antes, Afrodita mandó traer su espléndido carro de nácar tirado por palomas blancas. Una vez se subió en él y se hizo con las riendas, maniobró el vehículo hasta donde se hallaba Adonis y tendió su delicada mano hacia el muchacho para que este pudiera montar junto a ella. Adonis se sujetó a la diosa y subió al carro con gesto decidido, pero antes de partir aún tuvo tiempo de echar una última mirada hacia atrás: no todos los días podía ser testigo de tal congregación de divinidades, y mucho menos en un juicio en el que él mismo resultaba ser el objeto de la disputa. Allí, confundiéndose entre la multitud de dioses que se iban haciendo más pequeños a medida que el carro se alejaba, logró distinguir la inconfundible figura de Perséfone. El súbito rechazo de Adonis había sido un golpe inesperado para ella, y su rostro, a pesar de estar la diosa de vuelta en el más amable mundo

de los vivos, había recuperado el característico tono lívido que solía tener en el inframundo y que tan bien conocía Adonis. Aquel detalle, en apariencia insignificante, le hizo evocar de pronto lo mucho que había llegado a amar a Perséfone y cómo esta, de una forma u otra, siempre se había mantenido fiel a su palabra de cuidarlo y protegerlo durante los años que moró en los infiernos. Las penurias del inframundo pasaron a ser menos terribles gracias al recuerdo de Perséfone, pero a pesar de que sentía un genuino pesar por ella, no era la diosa por la que se había decidido.

Hubo algo más que también llamó la atención del muchacho y fue el descubrir al dios de la guerra abandonando airadamente la explanada. El joven mortal no terminó de entender entonces esos ademanes coléricos ni esas zancadas de Ares tras las que el suelo parecía temblar y resquebrajarse. Adonis no tuvo tiempo para ver mucho más, pues pronto estuvo surcando los cielos en compañía de Afrodita, su nueva y flamante protectora.

Por primera vez desde su accidentado reencuentro, la pareja se encontraba a solas. El viento de poniente agitaba la cabellera ondulada de Afrodita, que dejaba el aire impregnado de una fragancia deliciosa, y el sol de la tarde acariciaba sus desnudos brazos revelando a contraluz un finísimo bello dorado. El carro sobrevoló las islas Cícladas y el Dodecaneso, que desde aquella altura relucían como pequeñas perlas en mitad del Mediterráneo, dejó atrás las costas orientales de Chipre en las que Afrodita tenía su palacio, y finalmente descendió suavemente entre los montes boscosos de Fenicia.

La diosa y su protegido se apearon en un prado que se abría a un desfiladero y junto al cual las fuentes de un pequeño río brotaban de entre las rocas. Allí se encontraba un pequeño grupo de ninfas y faunos que se dedicaban a reposar holgadamente sobre la hierba los unos, y a entregarse con deleite a sus juegos primaverales los otros. Al reparar en la llegada de Afrodita y su bello huésped, un estallido de júbilo se extendió por todo el prado, y tanto ninfas como faunos fueron raudos a su encuentro, voceando cánticos joviales y riendo bulliciosos. En sus manos portaban guirnaldas y coronas de flores silvestres con las que engalanaron a los recién llegados. Llevado de la mano de Afrodita, Adonis se abrió paso entre la animada comitiva de bienvenida y se internó en un claro del bosque donde él y su diosa volvieron a ser dejados en mutua compañía. En el centro del claro se hallaba únicamente un tálamo cubierto con finas sabanas y telas preciosas. Hasta allí se deslizó Afrodita y, desabrochándose el cinturón, dejó caer al suelo todas sus ropas. Adonis no pudo menos que seguirla, embelesado por la sensual visión de hermosura que le brindaba la más bella de las diosas.

Durante varias lunas los amantes gozaron el uno del otro plenamente, con la pasión del deseo en su lozanía. Sus cuerpos rodaban ardientes y entreverados sobre el tálamo que los acogía y, cuando no se hallaban entregados a las artes amorosas, las ninfas y los faunos los agasajaban con música y baile a la luz del sol o de las estrellas. El vino corría con la misma prodigalidad que el agua que brotaba de las fuentes del río, las cuales arrullaban a los amantes cuando finalmente, tras alcanzar el éxtasis, se quedaban dormidos en un plácido sueño. También abundaban la ambrosía y los manjares, así como las frutas jugosas y de sabrosas pulpas. Durante semanas, Adonis se entregó a aquellos placeres con gran apetito. Parecía que

el joven quisiera compensar los años perdidos en el inframundo, cuando tan solo en la compañía de Perséfone podía encontrar algún consuelo. Pero a pesar de todos los sinsabores vividos, Adonis pertenecía a esa clase de mortales que, particularmente durante los años de juventud, no estaban hechos para la felicidad que otorga una vida plácida y sin pesares. Por abundantes y variados que fueran los gozos que experimentaba, con cada beso y cada bocado, algo del deleite primigenio se perdía, pues algunos mortales solo conocen el deleite en relación al dolor, y en ausencia de cualquiera de los dos la distinción que les da forma y sentido termina por desvanecerse como el humo.

∞

El joven Adonis amaba a Afrodita con todas las fuerzas que su mortal corazón le dispensaba, pero durante los ratos que no pasaba con la diosa, su espíritu inquieto iba perdiendo interés en aquellos placeres que tenía a su alcance. Por el contrario, cada vez que su atención se desviaba hacia los espesos bosques y las montañas, todavía inexploradas, que lo rodeaban, regresaba a sus entrañas el ansia de aventuras. Afrodita era consciente de ello, pues en más de una ocasión lo había sorprendido con la mirada ausente y la mente vagando en algún otro lugar, tal vez en aquellos parajes que aún le eran desconocidos. Así, en cierta ocasión terminó por confesarle lo siguiente:

—Adonis, sé muy bien que, en tu interior, como en el de todo hombre de tu edad, todavía anida la sed de descubrimiento y la curiosidad por el mundo que te rodea. Sin embargo, debo rogarte que, mientras permanezcas conmigo,

te abstengas de abandonar el campamento, pues un oráculo me ha vaticinado que una bestia salvaje acabará con tu vida. Piensa que aquí puedes ser feliz. Todas tus necesidades están cubiertas, mis siervos están a tu entera disposición.

Adonis no dudaba de los sentimientos de Afrodita hacia él, pero no estaba del todo seguro de si la profecía del oráculo era cierta o si acaso era una treta que había ingeniado la diosa para mantenerlo a su lado y alejarlo de otras veleidades. Al fin y al cabo, Afrodita ya lo había perdido una vez y no parecía dispuesta a que aquello volviera a repetirse. Pero, una vez más, el gusto por la aventura de Adonis pudo más que la prudencia y que las advertencias, reales o inventadas, de su inmortal amante. Sucedió que un día, mientras Afrodita disfrutaba de uno de sus prolongados baños en compañía de su cortejo de ninfas, el joven cogió su arco e, intencionadamente, disparó una flecha al vacío. La flecha trazó una curva en el aire y, como era de esperar, se perdió entre la espesura del follaje.

—¡Vaya! —exclamó Adonis en voz alta con una sonrisa traviesa en el rostro—. No veo a nadie a mi alrededor, así que yo mismo deberé recuperar esa flecha.

El joven se internó en el bosque. Tuvo cierta cautela al principio, pero pronto estaba corriendo entre los árboles y la maleza, pletórico. No era tanto la belleza del lugar lo que lo colmaba, como el sentimiento de absoluta libertad que creía haber recuperado. A partir de ese día, siempre que disponía de un rato para estar a solas, ya fuera cuando Afrodita se ausentaba unos días o simplemente cuando se retiraba a sus aposentos, Adonis aprovechaba la oportunidad para escabullirse e ir a investigar el bosque. Poco a poco, se fue envalen-

tonando y cada vez se atrevía a adentrarse más en la floresta. Cuanto más penetraba en su interior, más confiado se sentía y más deseos tenía de seguir explorando aquellas tierras.

∞∞

En cierta ocasión, Afrodita tuvo que partir a su templo en Chipre para asistir a unas festividades en su honor. Una vez hubo marchado, Adonis no se lo pensó dos veces y corrió hacia el bosque por un sendero que pasaba por debajo de las fuentes del río. Los días largos y calurosos del verano empezaban a acercarse a su fin, y al atardecer la luz del sol adquiría unos tonos dorados que ensalzaban la belleza de árboles y plantas. Ese día, seducido por el encanto del paisaje, Adonis fue mucho más lejos de lo que nunca había ido antes, cruzando hondonadas cubiertas de cedros y encaramándose a peñascos tapizados de musgo, sorteando ríos y desniveles, y deslizándose por las ramas de venerables encinas solo por el mero placer de hacerlo.

Pero cuando el sol ya había cruzado su meridiano, Adonis empezó a sentir cierta inquietud, pues temió que en su entusiasmo por explorar aquellos montes y bosques no hubiera puesto la suficiente atención en cuál había sido la senda que había tomado. Para orientarse mejor, trepó hasta la copa de un majestuoso cedro cuyas ramas inferiores se encontraban a escasa altura del suelo. Sujetándose a una de las ramas más altas, Adonis logró divisar al oeste el claro del bosque en el que se hallaba el campamento de Afrodita y suspiró aliviado. Al bajar del árbol se dispuso a tomar el sendero de regreso, pero en aquel instante se percató de un movimiento sigiloso entre unas matas. Adonis apenas tuvo tiempo de tomar

aliento cuando una leona de gran fiereza y tamaño surgió de entre los arbustos y se abalanzó sobre él con las mortíferas fauces abiertas. Adonis logró parapetarse entre las ramas bajas del cedro, que consiguieron detener el golpe, y, aprovechando los escasos segundos de confusión del animal, se lanzó a correr ladera abajo con todas las fuerzas de las que pudo hacer acopio. La leona fue tras él y, pese a que en campo abierto le hubiera dado caza sin dificultad, en esa parte del monte el bosque era muy tupido y los troncos de los árboles estorbaban su carrera. Aun así, la leona iba pisando los talones a Adonis quien, en el pánico de su huida, se había hecho numerosos rasguños al fustigar la bronceada piel de sus brazos y piernas con las ramas y matojos que le salían al paso. El escape de Adonis terminó desembocando en un prado que terminaba de forma abrupta en un profundo despeñadero, así que el joven no tuvo más remedio que detenerse en seco. Al darse la vuelta, comprobó horrorizado que la leona había seguido su rastro y que ahora le tenía acorralado. El felino respiraba con la lengua fuera, revelando unos colmillos afilados como dagas, y, saboreando ya su victoria, avanzó tranquila hacia su presa. Por unos momentos, su faz podría haber pasado por la de una criatura mansa, pero cuando estuvo a escasos pasos de Adonis reveló su verdadera naturaleza, su expresión se tornó feroz, y los músculos se le crisparon en espera de asestar un ataque mortal. Adonis cerró los ojos y, en un gesto instintivo, protegió su rostro con las manos a la espera del fatal desenlace. Presa del miedo, pensó que el haber conocido el lugar al que su alma se dirigiría una vez abandonado el cuerpo no le producía ningún consuelo, más bien todo lo contrario. Así permaneció Adonis, desgarrado

por el miedo al dolor y la desesperación del que se aferra a la vida, pero el zarpazo y la dentellada nunca llegaron. Cuando Adonis volvió a abrir los ojos se asombró al ver el cuerpo inerte de la leona tendido en la hierba con una jabalina clavada en el ojo, con la sangre manando a borbotones de la hendidura, enfangando el suelo y manchando de carmín sus pies. A unos treinta pasos de distancia, cerca de la franja en la que el bosque se encontraba con el acantilado, creyó ver una silueta a contraluz enfundada en una armadura. La figura se acercó con paso ligero y, al aproximarse, Adonis se dio cuenta que se trataba del mismísimo Ares. El dios de la guerra llegó hasta la leona y, posando su sandalia sobre la cabeza del felino sin ninguna ceremonia, arrancó la jabalina con gesto firme. La espesa sangre del animal salpicó en abundancia sus brazos y su armadura, pero Ares no dio muestras de que aquello le importase lo más mínimo.

—¡Alabado seas! ¡Acabas de salvarme la vida! —fue todo lo que Adonis acertó a decir, todavía conmocionado por el vuelco que había dado su suerte.

—No deberías pasear desarmado por estos bosques. En ellos moran bestias devoradoras de hombres —dijo con parquedad el dios, cuya voz reverberaba metálica a causa de su casco, confiriéndole un tono todavía más intimidante.

—Ya me había advertido Afrodita de que no abandonara nunca su campamento. —Al mencionar el nombre de la diosa, el gesto de Ares se torció, adquiriendo un aire hostil—. Por otro lado, he vivido siempre bajo su protección, y nunca he tenido ocasión de iniciarme en el arte de las armas.

Ares extendió el brazo y sujetó a Adonis del hombro. El joven sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. A tan

corta distancia, el joven pudo fijarse en los ornamentos labrados en la coraza dorada del dios, y también en sus fulgentes ojos reluciendo como dos estrellas lejanas bajo el pesado yelmo. Una aviesa llama los iluminaba ahora: Ares por fin tenía delante al joven cuya belleza tanto le había impresionado años atrás en el palacio de Afrodita y que ahora competía con él ocupando los pensamientos de su deseada diosa.

—Es impropio de un joven como tú no conocer el manejo de las armas —dijo Ares y, esbozando una extraña mueca parecida a una sonrisa, añadió—: Yo estaría dispuesto a enseñarte y, puesto que llevas tanto tiempo de retraso, podríamos empezar ahora mismo.

El sol ya casi se había ocultado en el horizonte y Adonis sabía que era probable que Afrodita hubiese regresado y lo estuviese buscando preocupada. Por otro lado, estaba todavía alterado por las muchas emociones que le había deparado ese día y la presencia de Ares, lejos de sosegarlo, lo atemorizaba.

—Desde niño he querido ser cazador, y en circunstancias diferentes con gusto aceptaría tu ofrecimiento, pero, por desgracia, hoy voy a tener que declinar tu propuesta —dijo Adonis, zafándose del brazo del dios—. Mucho me temo que debo regresar sin más demora al campamento.

—Está bien, vuelve a los brazos de tu protectora. Nada más lejos de mi voluntad que granjearte una reprimenda con ella —dijo el dios, haciéndole mofa—. Pero, si alguna vez cambias de opinión, solo tienes que regresar a este prado.

Adonis se marchó del prado a la carrera y atravesó el bosque hasta llegar al sendero que había abandonado al toparse con la leona. Por primera vez, sintió cómo los rasguños que cubrían sus brazos y piernas comenzaban a escocerle, pero

mayor fue el escozor que le causaron las burlas de Ares. Su resquemor iba ligado al hecho de que las palabras del dios no estaban exentas de razón, pues desde el día de su nacimiento, Adonis había vivido siempre bajo la sombra de una de las dos diosas que se habían disputado su protección. Los veloces pies del joven al fin lo llevaron de vuelta al campamento cuando en el cielo ya habían aparecido las primeras estrellas. Varias partidas de faunos portando antorchas se habían esparcido por los bosques colindantes y la garganta del desfiladero en busca de algún rastro del joven. Adonis fue directamente al encuentro de Afrodita y allí dio con ella, sentada en el tálamo con expresión afligida y rodeaba de una cohorte de ninfas que la consolaban. Al ver entrar a Adonis, el rostro de la diosa se transfiguró al instante por efecto del alivio y su joven amante corrió hacia ella para estrecharla entre sus brazos.

—Creí que la predicción de oráculo se había cumplido y que te había perdido para siempre —le susurró la nacida de la espuma, presa de la emoción causada por el reencuentro.

—Te suplico que me perdones, amada mía. No debí regresar tan tarde.

Así abrazados, Afrodita vio los rasguños todavía frescos y los moratones en los brazos de Adonis. La diosa se separó del abrazo para poder examinar al joven de pies a cabeza y vio que tenía marcas parecidas en las piernas.

—¡Por Zeus, estás herido! —exclamó Afrodita—. ¡Id a buscar agua tibia, paños limpios y miel! —ordenó la diosa a sus ninfas, quienes salieron diligentemente en busca de los remedios.

—No son más que unos arañazos, no hay motivo por el que alarmarse —dijo Adonis, desdeñando con un gesto la preocupación de la diosa.

La respuesta desapegada de Adonis hizo que el celo protector de Afrodita empezara a agriarse y a tornarse en enfado. En ese momento regresaron las ninfas, pero con un gesto de su mano la diosa les ordenó que se retiraran. Ya cuando volvieron a estar a solas, Afrodita le preguntó:

—¿Dónde has estado, Adonis? Sospecho que, a pesar de mis prohibiciones, te has dedicado a merodear por el bosque como un cervatillo ingenuo. Pero ¿es qué acaso has olvidado lo que ha vaticinado el oráculo? ¿Cómo osas desafiar a los hados, insolente?

—Me caí por una barranca —dijo Adonis, restando importancia al episodio y terminando con la conversación.

Una vez se hubo despojado de sus ropajes, se metió en la cama y se entregó a un sueño intranquilo en el que volvía a enfrentarse con la leona. Esta vez, su huida parecía no terminar nunca y el tamaño del monstruoso animal se doblaba a cada paso que daba.

Cuando Adonis despertó al día siguiente vio que Afrodita ya se había levantado y que en su lugar había un gran número de flores silvestres recién cortadas. Junto al tálamo, también encontró una mesita baja de campaña en la que alguien había colocado una copa de vino y un cuenco ricamente decorado con una hogaza de pan de cebada. Adonis consumió los alimentos con un apetito voraz, pues no había probado bocado desde la mañana del día anterior. Cuando recién había terminado su desayuno, vio entrar a la diosa con una sonrisa de alegría en los labios que resultaba contagiosa. Los cuerpos de los amantes se fundieron en un abrazo y pareció que la tirantez de la noche anterior hubiera quedado olvidada. Adonis y Afrodita pasaron aquel día sin

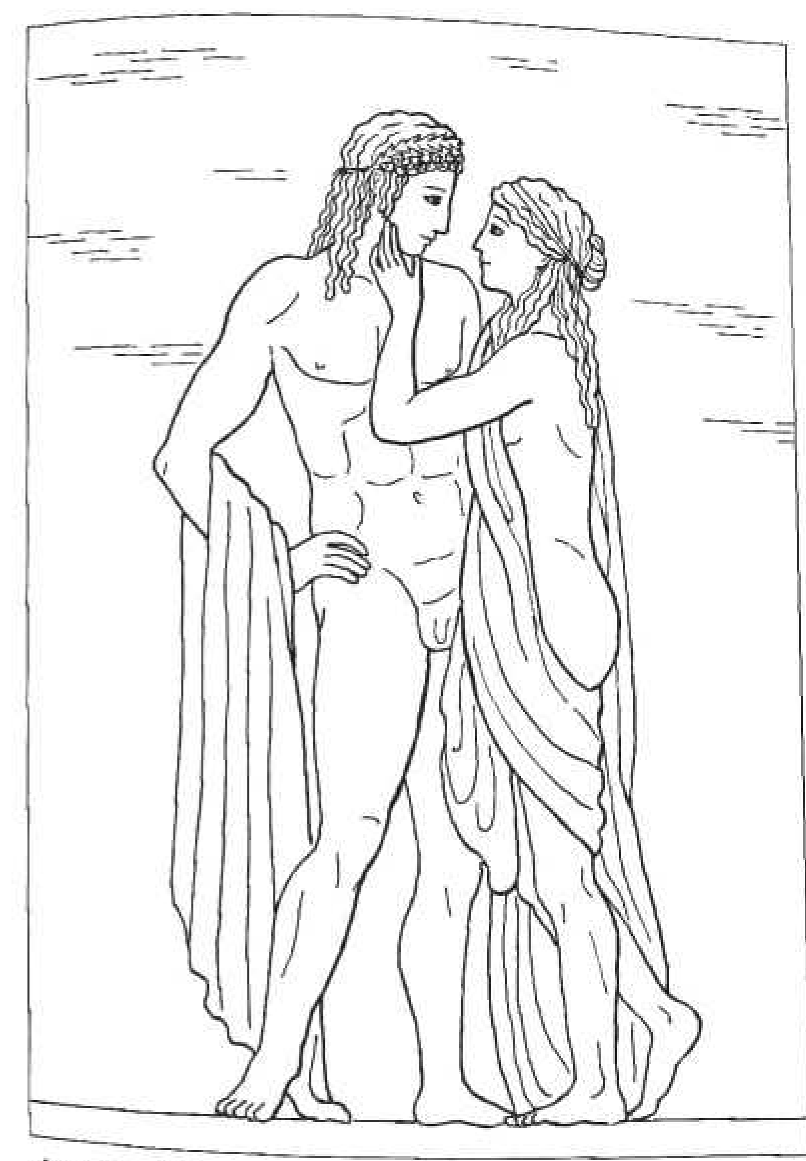
abandonar el tálamo, dulce altar de sus placeres, amándose apasionadamente como si de una noche de bodas se tratara.

Al atardecer, una vez sus cuitas amorosas habían quedado saciadas, los amantes salieron a pasear de la mano, vistiendo túnicas nuevas, y se dirigieron al banquete que Afrodita había ordenado preparar a sus ninfas para celebrar la reconciliación con su amado. En el centro del campamento se había dispuesto una mesa con dos tronos decorada con guirnaldas. A ella se sentaron los amantes y, después de las libaciones, fueron agasajados con vino aguado y ambrosía mientras un coro de ninfas bailaba al compás de la música de flautas y panderos que tocaban unos faunos. El rumor de la fiesta se extendió por el prado y resonó en las paredes de roca del desfiladero, colmando esa parte de los montes de Fenicia de jovialidad y animación. Llevado por el entusiasmo, Adonis bebió más vino de la cuenta y, en un gesto de ebria torpeza, se hizo un corte en la palma de la mano con el filo de una copa de plata. Aunque la herida no era profunda, la sangre empezó a manar en abundancia manchando su blanco atuendo. Al ver la sangre, Afrodita sintió una vez más cómo su instinto protector se apoderaba de ella. Las ninfas que los atendían gritaron espantadas y la música se detuvo en seco. Rasgando un pedazo de su túnica, Afrodita tomó la mano herida de su amante y la vendó fuertemente para detener la hemorragia.

—¿Te duele mucho, querido? —inquirió la diosa, angustiada.

El vino había turbado el carácter de Adonis y lo había vuelto más vulgar e irritable.

—¿Por qué ha parado la música? —dijo Adonis, mudando la sonrisa intoxicada de su rostro.



Los cuerpos de los amantes se fundieron en un abrazo en señal de reconciliación.

—Estás herido, Adonis —respondió la diosa, y con incredulidad le espetó—: ¿O es que acaso has bebido tanto que no te has percatado de la hendidura que cruza tu mano?

Adonis sintió la ira arder en su pecho y de un tirón apartó su mano de los cuidados de Afrodita.

—¡Detente ahora mismo! Reserva tus cuidados para quien los necesite —le gritó Adonis, desafiante, con una voz que jamás había empleado con Afrodita—. ¡Pues yo hace tiempo que dejé de ser un niño!

La diosa, en cambio, recuperó todo su aplomo y, mirándole fijamente a los ojos, le respondió:

—Dices que no eres un niño. Pues entonces, empieza a comportarte como si fueras un hombre.

Adonis se levantó de la mesa con tal torpeza que platos y vasijas cayeron al suelo rompiéndose en mil pedazos. El vino y la rabia habían enrojecido el rostro del joven, privándolo de su legendaria frescura y belleza. Sus ojos estaban humedecidos sin llegar a verter lágrimas y sus pupilas chispeaban con un brillo desconocido. Dolido y humillado, huyó corriendo y se dirigió al bosque. Unos faunos se dispusieron a detenerlo, pero Afrodita les ordenó que lo dejaran ir. Los colores habían abandonado el rostro de la diosa y, por unos momentos, el disgusto y la cólera provocados por la insolencia de Adonis habían ahogado los sentimientos que siempre le había dedicado a su joven amado.

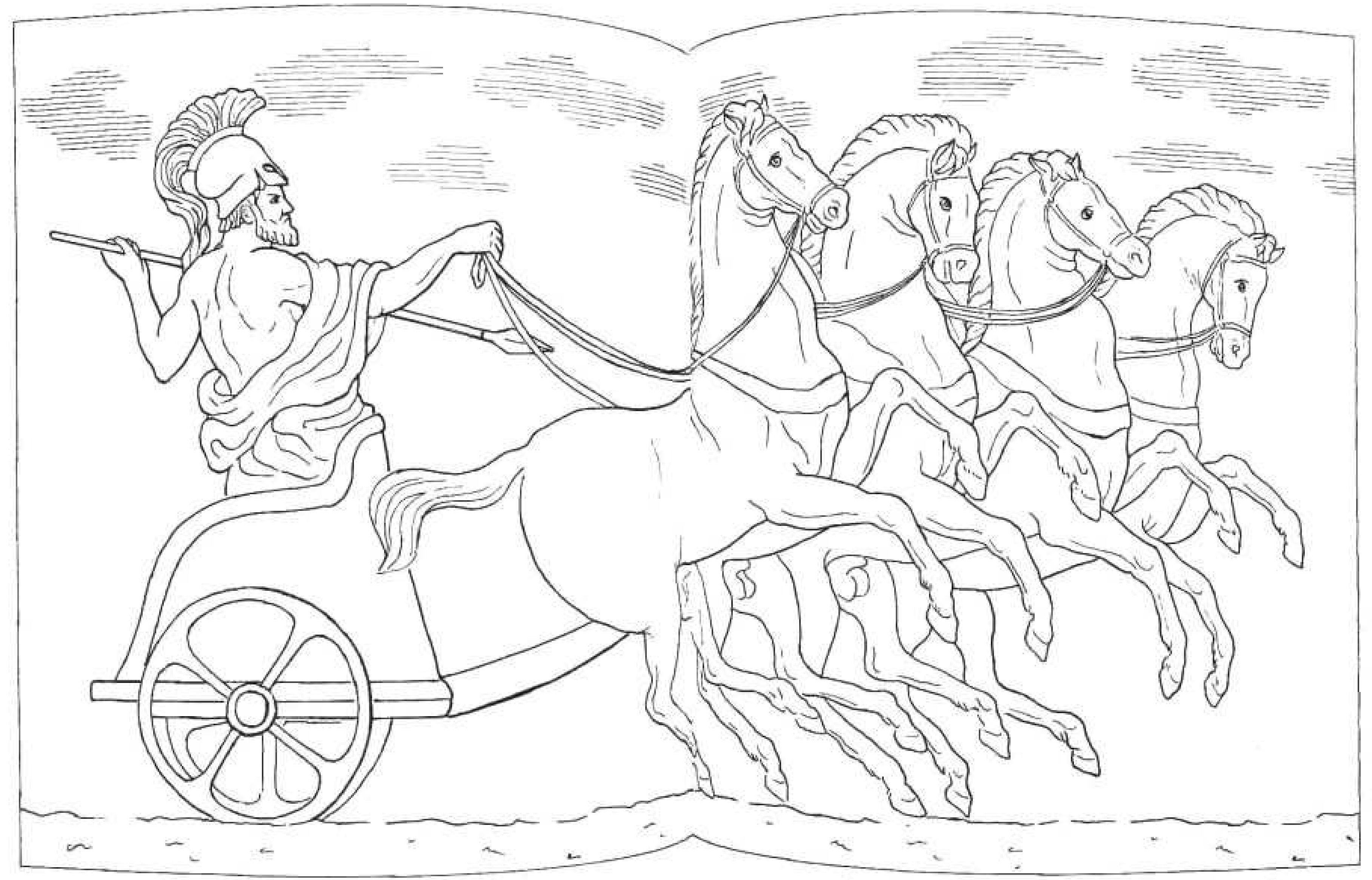
6

La caza del jabalí

Adonis corría por el bosque cegado por la ira. El ejercicio físico y la brisa nocturna tuvieron efectos reconfortantes, ayudaron a que su cabeza se despejara y a que la embriaguez que le había nublado el juicio se disipara. Después de correr sin rumbo por un rato, Adonis se detuvo para orientarse y se encaminó a un lugar determinado del bosque. El joven tuvo que vagar infructuosamente entre los árboles durante horas, pero finalmente logró dar con el estrecho prado al borde del despeñadero y, haciendo bocina con las manos, exclamó:

—¡Muéstrate, Ares! ¡He venido a recibir las lecciones que me prometiste!

De repente, un carro de hierro tirado por cuatro caballos surgió de detrás de una nube y trazó un círculo en el cielo como si del vuelo de un halcón se tratara. Ares, vestido con casco y armadura completa, llevaba las riendas y se alzaba con porte marcial en la caja del carro. Su silueta, ennegrecida



Ares se alzaba con porte marcial sobre su majestuoso carro de hierro.

por la noche, realzaba el brillo rojizo de sus ojos, que resplandecían como ascuas desde la profunda negrura que el casco confería a su rostro. Los caballos, a pesar del aspecto feroz y salvaje, obedecieron a Ares y, dóciles, detuvieron el carro sobre el prado. La aparición de Ares amedrentó en el acto el ímpetu de Adonis, quien no corrió hacia el carro para recibir al dios, sino que se quedó paralizado con los puños cerrados y el cuerpo en tensión. Ares se apeó del carro y armado con una jabalina se encaminó con paso firme hacia el joven.

—Te agradezco que hayas acudido a mi llamada, oh, gran señor de la guerra —acertó a decir Adonis, arrepentido ya de su arrogante tono anterior—. Me preguntaba si todavía estaba en pie tu proposición, pues nada me honraría más que iniciarme contigo en el arte del manejo de las armas.

Ares le sonrió y, clavando la jabalina en el suelo, respondió:

—En tal caso, será mejor que empecemos cuanto antes, pues tu estancia en el mundo de los vivos está tocando a su fin y pronto deberás regresar al de los muertos junto a Perséfone. Malgastar el tiempo es un lujo que no podemos permitirnos. Coge la jabalina y enséñame lo que sabes hacer.

Adonis, que no imaginaba cuán fatídicas terminarían resultando las palabras de Ares, empuñó la jabalina como pudo, la desclavó del suelo con gran esfuerzo y, apuntando a un roble en los lindes del prado, cogió carrera y la lanzó. La jabalina no dio en el blanco, pero Ares se mostró complacido del nervio que había demostrado Adonis al dispararla, ya que no eran muchos los mortales capaces de sujetar sin vacilar siquiera sus pesadas armas. Bajo la luz de la luna, el dios enseñó a Adonis la manera correcta de asir la jabalina y apuntarla, así como a emplear el arco y las flechas con efectividad. El joven demostró un talento natural en el manejo de esas armas. Su pulso era firme, sus brazos ágiles y poderosos y, además, incluso tras una noche de excesos, disponía de ese sexto sentido que dice al tirador cuándo soltar el proyectil para dar justo en el blanco. Ares estaba enormemente satisfecho con los rápidos progresos que hacía su aprendiz. Adonis no tan solo era un joven de una belleza sin par, sino que además gozaba de una complexión y unas habilidades innatas que podrían haberlo convertido algún día en un guerrero excepcional.

Una vez Adonis hubo aprendido los rudimentos básicos del tiro con arco y jabalina, Ares consideró que había llegado el momento de introducirlo en el combate cuerpo a cuerpo. Para ello, se desnudó e instó a Adonis a que hiciera lo mismo, para que ambos pudieran desenvolverse sin que les estorbaran las ropas. Libre de la armadura, el torso atlético de Ares relucía con un brillo metálico bajo el resplandor de la luna. Bañado en la esquiva luz argenta, que tan pronto se desvelaba como se escondía tras las nubes, el cuerpo desnudo de Adonis adquirió una sensualidad de la que hasta entonces solo había disfrutado Afrodita. Los contendientes se saludaron, dando por inaugurado el combate. Al principio, Ares repetía con lentitud sus movimientos y se prodigaba en explicaciones sobre cómo asir al rival con el fin de inmovilizarlo en el suelo, cuál debía ser la posición correcta de brazos y piernas y qué tipo de golpes y presas eran las más adecuadas. Pero, más que aprender una nueva habilidad, parecía que Adonis estuviera recordando algo que hubiera permanecido por mucho tiempo latente en el fondo de su ser. No en vano, la sangre del bravo rey Cíniras corría por sus venas, y a cada demostración de su maestro, el joven adquiría una mayor desenvoltura y confianza en sí

mismo, y sus ataques se tornaban más certeros y precisos. Al cabo de un rato, los cuerpos de Ares y Adonis rodaban por los suelos recubiertos de sudor, y el dios no dispensaba ya más explicaciones a su fogoso pupilo. Lo único que se oía ya era el jadeo acelerado de ambos contendientes. El ardor del combate había despertado una furia en Adonis desconocida para sí mismo y que durante años había permanecido ovillada en su interior como una fiera dormida. Ares, por otro lado, estaba luchando no solo contra Adonis, sino también consigo mismo. La destreza y ardor del joven no hacía sino acrecentar su inigualable belleza, y, sin embargo, al admirar su cuerpo de proporciones perfectas, así como su tersa piel perlada de sudor, el dios guerrero no podía evitar imaginar a Adonis gozando junto a Afrodita, a quien tanto ansiaba él también, y el fuego de los celos le consumía las entrañas. Con cada ataque de Adonis, se añadía más madera a ese fuego, instigando el ansia de sangre que el ardor del combate despertaba en Ares. Golpe a golpe, el dios dejó de contenerse y, a pesar de la notable fuerza y habilidad de su oponente, lo acorraló al borde del despeñadero. Varias veces arremetió Adonis con todo su cuerpo contra Ares, para obligarlo a retroceder, pero el dios era como un muro en que el empuje del joven no lograba hacer mella. Los ojos de Ares brillaban como brasas ardientes y su sonrisa tomó un cariz cruel y perverso. Adonis sintió que el suelo cedía bajo uno de sus pies y que más allá lo esperaba el abismo. El joven redobló sus ataques con el vigor que otorga la cercanía de la muerte, pero Ares detenía cada uno de sus golpes y lo acorralaba todavía más con su pétreo cuerpo. Balanceándose al borde del precipicio, Adonis se vio perdido y, en un acto de desesperación, clamó por su vida:

—¡Apiádate de mí, señor de la guerra, pues es evidente que no soy rival para ti!

Ares se detuvo justo cuando estaba a punto de arrojar al joven al vacío. Las palabras de Adonis lo sacaron de su frenesí guerrero y relajaron la expresión de su rostro. El joven lo miraba con ojos implorantes, su pecho hinchándose y hundiéndose como un fuelle. La repentina vulnerabilidad del mortal aportaba el enésimo matiz a la belleza del joven, cuyos diferentes registros no dejaban nunca de embelesar a Ares. Entonces el dios lo apretó contra su torso y lo dejó en lugar seguro. Después, se volvió y se encaminó de vuelta al carro. Sus caballos lo recibieron con un relincho que hizo retumbar las rocas de los montes. Subió y tomó las riendas con una mano, alzando el vuelo y desapareciendo en la oscuridad de la noche.

Agotado por el esfuerzo físico y la tensión, pero también exultante por conservar su vida tras darlo todo por perdido, Adonis fue a recoger su ropa, y descubrió que el dios le había dejado un arco y un carcaj repleto de flechas. Este los escondió en el bosque, entre unas rocas, y regresó al campamento antes de que descendiera la aurora de dedos rosados. Se acostó junto a Afrodita, presa de un cansancio incontenible, y se quedó profundamente dormido. Adonis no le contó jamás a su amada el encuentro que tuvo con Ares, y a los pocos días todo quedó en su memoria como si de un extraño sueño se tratase.

∞

Los primeros rayos del sol se desplegaban sobre el campamento de Afrodita, haciendo centellear los tonos ocres y dorados que reinaban ya entre las copas de los árboles. Pese a que el día prometía ser plácido, un ambiente lúgubre inundaba el lugar:

faunos y ninfas se esforzaban por aparentar la despreocupación que los caracterizaba, pero sus incesantes murmullos anunciaban que los tiempos de dicha estaban a punto de terminar, y que nada volvería a ser igual hasta pasado el invierno. Afrodita, sin embargo, se levantó radiante, como era habitual en ella:

—¿Sabes qué día es hoy, amado mío?

—Sí —respondió Adonis, sombrío—. Es la víspera de un día que había deseado que no llegara nunca. Mañana deberé regresar una vez más al inframundo junto a Perséfone.

—En efecto. Pero yo no quiero despedirte con lágrimas y lamentos, sino con música y celebraciones, para honrar los días felices que hemos pasado juntos y anticipar tu anhelado regreso. Antes de que partas, organizaré un banquete en tu honor.

∞

Al despertar de madrugada, cuando el campamento seguía sumido en el sopor, Adonis despertó preso de una gran inquietud. Incapaz de volver a dormir, abandonó con sigilo el lecho y se internó en el bosque sin ser visto. Una vez allí, el joven recuperó el arco y las flechas de Ares y se escondió entre unos arbustos. Oculto entre las sombras, se dijo a sí mismo:

—Triste destino es el mío, el de un hombre hecho y derecho al que los dioses siguen tratando como a un niño. —Adonis suspiró y añadió—: Tal vez tengan razón, pues a la edad a la que muchos hombres ya han alcanzado la gloria en el campo de batalla, yo ni siquiera he cazado un pajarillo. ¡Qué mejor forma de demostrar mi hombría a Afrodita que entregándole la primera pieza que cace para el banquete en honor a mi partida!

Tras pronunciar esas palabras, la suerte pareció acudir en ayuda de Adonis y no tuvo que esperar demasiado hasta ver

aparecer un ciervo de espléndida cornamenta pastando entre los árboles. Adonis sintió el pulso de su corazón acelerarse, pero sin perder el aplomo, tomó una flecha del carcaj y tensó la cuerda del arco. En ese momento, una ramita del arbusto que lo ocultaba se quebró con un chasquido y el ciervo, súbitamente alertado, huyó corriendo bosque adentro. Adonis se lanzó en pos del venado con una rapidez y agilidad extraordinarias, pero el ciervo era más veloz que él y con cada salto se distanciaba más y más de su perseguidor. Consciente que de no actuar pronto perdería a su pieza, el joven se irguió sobre una roca y apuntó de nuevo a la bestia. La flecha voló por los aires a la velocidad del rayo, ansiosa por hundirse en las carnes del animal, pero el ciervo cambió de golpe su rumbo para esquivar un árbol y la flecha le pasó de largo. Adonis hizo el gesto de sacar un nuevo venablo, pero para cuando había tensado el arco, el ciervo ya había desaparecido en la espesura.

Abatido por la ocasión perdida, el joven descendió por esa ladera del monte hasta llegar a un manantial en el que en varias ocasiones había observado a animales abrevándose. Al ver las aguas cristalinas, Adonis sintió el deseo de bañarse, pues en el inframundo las únicas aguas a las que tendría acceso serían las de los ríos infernales, que eran caldosas y putrefactas. Se desnudó y dejó que el sol suave de la mañana acariciara su cuerpo imberbe de piel bronceada por última vez.

Al otro lado del manantial, donde la sombra perpetua hacía que el musgo cubriera las rocas con un tapiz de un verde perenne, Ares observaba el baño del joven. Contemplando la fabulosa esbeltez de sus formas en su totalidad, el dios de la guerra recordó cómo, en el calor del combate, esa piel se había frotado contra la suya y esos brazos y hombros habían asido su

poderoso pecho. Llevaba espiando a Adonis desde que este se internara en el bosque de madrugada, y la visión de su cuerpo desnudo, los amargos lamentos en los que se cuestionaba su hombría y el mal tino que había tenido al intentar dar caza al ciervo lo conmovieron. Llevado por ese sentimiento, Ares decidió enviar a un jabalí de magnífica estampa a abrevarse cerca de donde Adonis se bañaba. Al ver aparecer al cerdo salvaje, el joven no pudo dar crédito a sus ojos. Desnudo como estaba, salió raudo del manantial y tomó el arco y una flecha. Inició su persecución con enorme brío, refrescado por las aguas puras del manantial, pero también enardecido por su renovado anhelo de demostrar su virilidad. El jabalí corría entre chillidos como si alguien le hubiera prendido fuego a su pelaje, pero el chico no aflojaba el paso y lo acosaba a través del bosque a pesar de ir desnudo y descalzo. Ares iba detrás de ambos, siguiéndolos como una sombra desde una distancia prudencial, colmado de deleite al ver a Adonis de nuevo armado y ejercitándose. Al fin, la persecución desembocó en un claro y, aprovechando que el jabalí estaba falto de cobertura, tensó la cuerda y lanzó la enésima flecha. Esta vez el proyectil no falló su blanco y acertó de pleno al enorme animal en un costado. A raíz del impacto, el jabalí lanzó un chillido agónico y rodó por el suelo fatalmente herido.

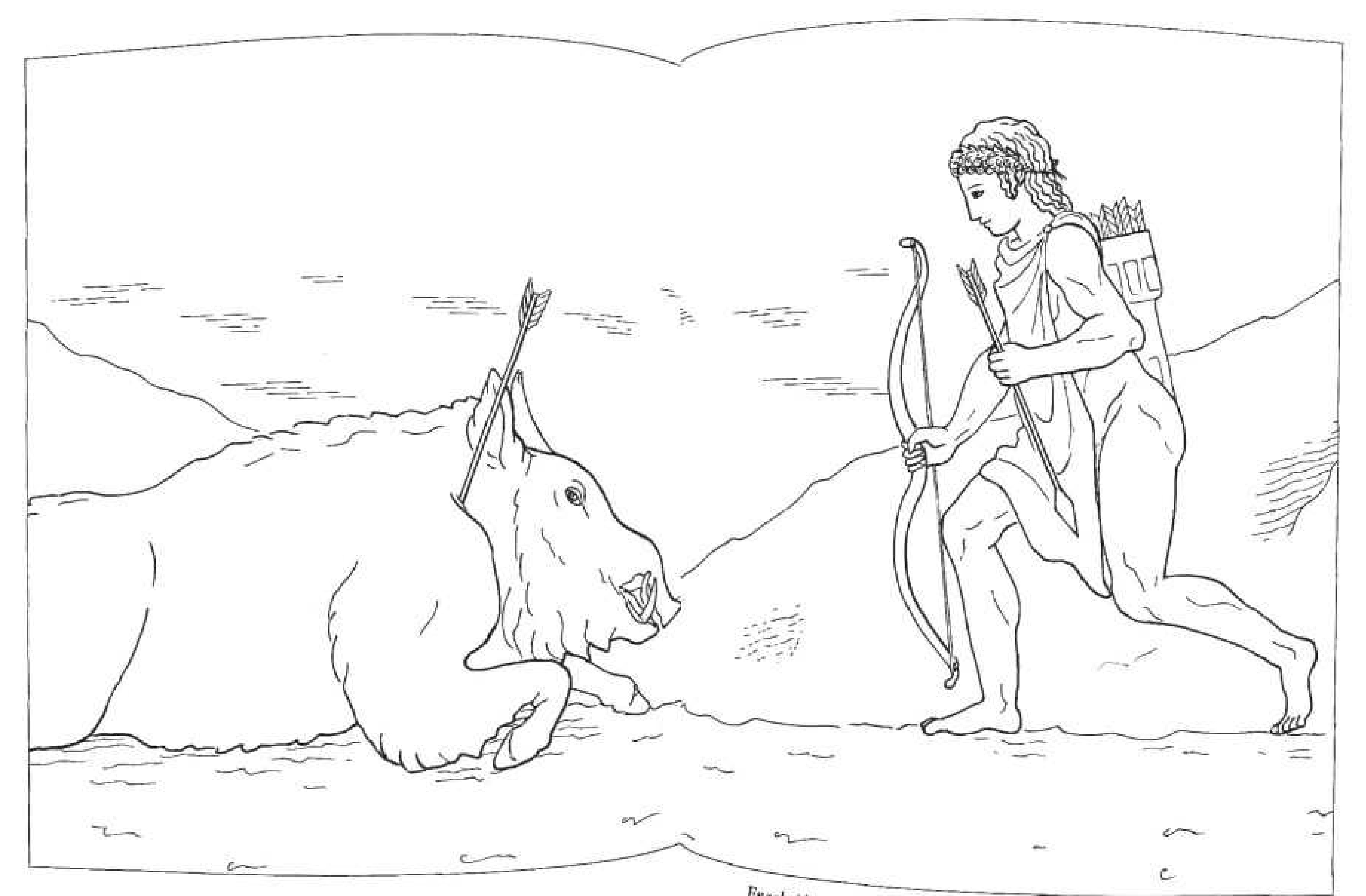
Al ver cómo caía su pieza, Adonis soltó un grito de inmenso júbilo y notó cómo una ráfaga de euforia y satisfacción, que nunca creyó a su alcance, se apoderaba de él y lo exaltaba como un frenético vendaval. Ares observaba la escena oculto tras un cedro y al ver al jabalí desplomarse se contagió también de la alegría de Adonis. Al abatir a su pieza, el joven sintió que por fin podía sacudirse el último lastre de su infancia, como la

serpiente que al mudar de piel deja atrás la antigua para seguir creciendo. El jabalí apenas respiraba, pues la herida causada por la flecha era inusualmente profunda, y cuando Adonis fue a cobrarse la pieza se dejó llevar por la embriaguez de la euforia:

—Ya no tendré que presentarme ante ti con las manos vacías —proclamó—. ¡Oh, Afrodita, tú que reinas sobre mi corazón! Con esta pieza que te dedico te demuestro que, no solo en las artes amatorias, si no también ya en las marciales, soy el amante de mayor talla que has tenido nunca!

Ares estaba a punto de consumar el don que había concedido a Adonis, abandonando el cuerpo del jabalí a su merced, pero al escuchar estas palabras en los labios del joven sintió una terrible punzada en el pecho. La afrenta de Adonis despertó en él una ira ciega y descontrolada: ¿quién era ese advenedizo mortal para reclamar semejante honor? ¿Cómo, por bello que fuera, tenía la desfachatez de ponerse por encima de los dioses? Aprovechando el último aliento de vida de la bestia, Ares hizo que el jabalí se pusiera de nuevo en pie. El animal, cubierto por el espeso manto de su propia sangre, arremetió entonces con todas sus fuerzas contra el desprevenido joven. Los colmillos penetraron en la carne del mortal y destrozaron por completo su ingle, mientras Ares, airado, se negó a interceder en su suerte. Al sufrir el desgarro, Adonis gritó con tal intensidad que los montes se hicieron eco de su tormento. Cayó de rodillas sobre la hierba y la sangre empezó a manar a borbotones de su herida. Su piel, de aspecto saludable y bronceada, perdía rápidamente el color y adquiría el tono pálido propio de un habitante del inframundo.

Los quejidos de Adonis llegaron hasta oídos de Afrodita, quien montó rápidamente en su carro y surcó los cielos en



Enardecido por el anhelo de demostrar su virilidad, Adonis salió a la caza del jabalí.

busca del joven. Sabía que la predicción del oráculo se había cumplido y, mientras gritaba el nombre de su amado, las lágrimas inundaron sus ojos tan poco acostumbrados al llanto. La diosa logró dar con el claro donde Adonis agonizaba. Tras descender de su carro, corrió hacia él y lo sujetó en sus brazos con infinita ternura, mientras la sangre tintaba de rojo su túnica. Adonis la miraba y, sin decir palabra, los amantes se intercambiaron declaraciones de amor y arrepentimiento, pues de haber sido más cauto y obediente quizá hubiera podido evitar el destino del oráculo. Al fin, Adonis exhaló su último suspiro con su rostro aún inviolado y sin haber perdido un ápice de su incomparable belleza. Afrodita lo besó en los labios a modo de despedida mientras Ares observaba la dramática escena escondido detrás del cedro. A pesar de que había visto morir a un sinnúmero de hombres, tampoco él pudo contener una lágrima.

Cuando el dios de la guerra se alejaba ya tratando de escapar de aquel sentimiento en el que apenas se reconocía, un destello le hizo volver la mirada de nuevo hacia la fatídica escena. De ese último beso manaba como un río tranquilo una luz cálida y dorada, que fue bañando poco a poco el rostro, el pecho, los miembros del divino mortal, hasta que su antes rosada piel se convirtió en un tenue envoltorio translúcido y, al fin, el cuerpo entero se desvaneció pacíficamente. Al extinguirse por completo, lo único que dejó en su lugar fue una bella flor de delicados y coloridos pétalos. Regada por las lágrimas de la diosa, aquella primera anémona se extendió por el prado como un soplo de vida, tiñéndolo todo de destellos blancos, azules, rojos y amarillos.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Con orígenes en Mesopotamia, el mito de Afrodita y Adonis nació como un intento de explicación del misterio de la renovación anual de la naturaleza. Ello no impidió que la imaginación de poetas y artistas lo convirtiera en una bella historia de amor protagonizada por una diosa y un mortal.

La literatura, el arte y la música han hecho que hoy veamos el mito de Afrodita y Adonis como una hermosa historia de amor, realzada con un final trágico. Su encanto se acrecienta por la condición de ella como diosa de la pasión amorosa y la imagen que ha quedado de él como arquetipo de belleza masculina (todavía hoy, el término «adonis» se emplea en ese sentido). Mas para los antiguos griegos este mito era algo más complejo y profundo, toda vez que venía a representar un intento de explicación del misterio de la renovación anual de la naturaleza durante la primavera. De hecho, tanto en su principio como en su final, presenta importantes referencias a la vegetación: Adonis nace del tronco del árbol de la mirra en el que se habría metamorfoseado su incestuosa madre y, una vez muerto, su sangre da lugar a una flor, la anémona. Esto hace que se relacione con otro mito referido a ese mismo misterio, como es el protagonizado por la diosa de la agricultura Deméter y su hija Perséfone, reina de los muertos (y del invierno) durante el tiempo que pasa

con su esposo Hades en el inframundo; personificación del despertar de la naturaleza cuando regresa al Olimpo al lado de su madre.

En el fondo, de lo que hablan estas dos historias es de la muerte y el renacimiento o resurrección, y quizá por ello los griegos se esforzaron por establecer un vínculo entre ambas añadiendo a la de Adonis el episodio de la disputa entre Perséfone y Afrodita: de resultas de ella, el muchacho permanece un tercio del año con la primera de las diosas y otro con la segunda, mientras que el tercio restante queda a su libre albedrío. Es decir, alterna el inframundo y el mundo de los vivos, por otro lado lo mismo que hace Perséfone. Con la diferencia de que ella no muere nunca (es una diosa), mientras que Adonis (de condición mortal) sí...



Esta sítula o acetre (un tipo de vaso con asa), de figuras rojas y de mediados del siglo IV a.C. (Museo Arqueológico Nacional Jatta, de Ruvo di Puglia), muestra a Adonis emergiendo de una planta como si de una flor se tratara. Atribuida al Pintor de la sítula de Dublín, la imagen recrea la vinculación del amante de Afrodita con el misterio del renacer de la vida después de la muerte representada por el invierno.

DE MESOPOTAMIA A CHIPRE

El mito de Adonis, sin embargo, nada tiene que ver con el de Perséfone en lo que respecta a su origen. Este se sitúa en Mesopotamia y es antiquísimo, pues ya está atestiguado en fecha tan temprana como

el 2000 a.C. Las tablillas sumerias de esa época recogen la historia de la diosa del amor Inanna y su amado Dumuzi, un pastor. Inanna habría bajado a los infiernos, quizá para hacerse con el dominio de ese mundo, pero solo consiguió ser hecha prisionera. Para lograr su liberación, Dumuzi aceptó ocupar su lugar y es así como descendió al inframundo. No obstante, y gracias a su hermana, que lo sustituía una vez al año, podía regresar al mundo de los vivos, lo que era celebrado con fiestas que tenían como protagonistas a las mujeres. Ese retorno a la vida coincidía con el estallido de verdor que trae consigo la primavera, mientras que su vuelta al infierno lo hacía con el agostamiento de los campos. Como puede verse, las líneas básicas del mito de Adonis (el amor de una diosa, el ir y venir del mundo de los muertos al de los vivos) ya están aquí expresadas.

El mito perduró en otras civilizaciones mesopotámicas, como la babilonia o la asiria, hasta llegar a Fenicia, donde Inanna (o Ishtar, como se la denominaba en Babilonia) se asimiló a Astarté y Dumuzi, a Tammuz. El culto que se profesaba a esa pareja en ciudades como Biblos ya debía ser conocido por los comerciantes griegos, que hacia mediados del siglo X a.C. recalaron en el Levante mediterráneo. Según refiere el escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (siglo II d.C.), en Biblos había un templo que acogía una fiesta anual en honor al héroe, durante la cual las mujeres «se dan golpes y se lamentan y se celebran ceremonias y declaran grandes duelos en el país». También se afeitaban las cabezas y las que se negaban a ello, debían ofrecer a cambio sus favores a los extranjeros.

Mas no serían esos comerciantes quienes llevaron el mito de Adonis a Grecia. El foco de expansión más probable fue Chipre, precisamente el lugar donde, según la versión griega más extendida del mito, reinaba Ciniras, el padre (y abuelo) del joven. Allí coexistían desde antiguo colonias griegas y fenicias. Lo que cambió fue

el nombre del amante de la diosa del amor: más que ese Tammuz, que debía de sonar demasiado bárbaro en su lengua, los griegos adoptaron los epítetos Adón («señor») y Adonái («mi señor») que los fenicios usaban en sus invocaciones. De ahí surgió Adonis.

Ya en Grecia, su historia se fue enriqueciendo con detalles que contribuyeron a helenizar al personaje, como su afición a la caza o la ambientación pastoril. Fue entonces también cuando debió incluirse la disputa entre Afrodita y Perséfone por Adonis, elemento clave para vincular los dos mitos del despertar de la primavera y la renovación de la vida. El episodio del incesto de Esmirna con su padre parece que fue una aportación del poeta Paniasis de Halicarnaso (siglo v a.C.), que daba un halo todavía más exótico al personaje de Adonis.

EL JABALÍ ENAMORADO

Más que en el amor entre Afrodita y Adonis, los testimonios literarios más antiguos del mito inciden en su aspecto más ritual y su relación con el ciclo anual de la vegetación y, muy especialmente, con la vida y la muerte. Es lo que sugieren un par de versos dialogados que nos han llegado de la poetisa Safo (h. 630-h. 580 a.C.): «–Ha muerto, Citerea, el tierno Adonis. ¿Qué podríamos hacer? –Golpeaos el pecho y rasgaos vuestras túnicas». Lo mismo puede decirse de los poetas bucólicos. Así, Teócrito (h. 310-h. 260 a.C.), en su idilio *Las siracusanas*, incide en la idea de un Adonis que alterna entre el mundo de los vivos y el de los muertos: «Solo tú, caro Adonis, entre los semidioses, como es fama, vienes acá y vuelves al Aqueronte. [...] Senos propicio ahora, sénoslo el año próximo, caro Adonis. Contentas te hemos hoy recibido, Adonis, y cuando vuelvas, serás bienvenido».

Otro poeta, Bión de Esmirna (siglo II a.C.), es autor de un *Canto fúnebre por Adonis*, que destaca por su calidad plástica y coral, pues no solo la diosa Afrodita, sino toda la naturaleza en su conjunto lamentan en este poema la muerte del joven Adonis. Curiosamente, el prodigio de las flores presenta aquí una plasmación diferente a la habitual: «Tanta lágrima vierte la diosa de Pafos, cuanta sangre vierte Adonis, y las dos se tornan flores en el suelo: de la sangre nace la rosa, de las lágrimas la anémona». Al mismo autor se le atribuye también el poema *A la muerte de Adonis*, en el que Afrodita ordena que lleven a su presencia al jabalí culpable del crimen de su protegido. La bestia se defiende, pues no quiso en ningún momento matar al joven: «Lo vi cual una estatua –dice– y, sin poder soportar el fuego del deseo, por besar ese muslo que llevaba desnudo loco yo me volví. Falla sentencia justa. Aquí están mis colmillos: córtalos a ellos, a ellos castiga, Cipris. ¿A qué llevar yo en vano esos dientes que así se enamoran? Si eso no te basta, haz lo mismo con estos labios míos, pues que tuvieron la audacia de besar». Conmovida por estas palabras, la diosa lo perdona.

El relato más desarrollado del mito, hasta el punto de convertirse en el modelo de las creaciones posteriores sobre el mismo tema, es el que dio el romano Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) en su poema épico *Metamorfosis*. El maravilloso nacimiento de Adonis, su relación con Venus y su muerte mientras cazaba son tratados por el poeta con su característico estilo preciosista. Mas, sin duda, la parte más original y a la par perturbadora es la dedicada al conflicto interno que sufre la madre del héroe, Esmirna, consciente de que es un crimen odiar a un padre, pero que el amor que ella siente «es un crimen mayor que el odio»: «¿Serás la rival de tu madre y la amante de tu padre? ¿Te llamarán la hermana de tu hijo y la madre de tu hermano?», se pregunta atormentada.

Los jardines de Adonis

Desde sus más antiguos testimonios en Oriente Próximo, las fiestas dedicadas a Adonis y Afrodita se caracterizaron por celebrarse entre primavera y verano, y por estar protagonizadas exclusivamente por mujeres, uno de cuyos rituales consistía en golpearse el pecho como muestra de aflicción por la muerte del amante de la diosa. Cada lugar, sin embargo, tenía alguna especificidad propia. Así, en Grecia, durante las Adonias (nombre que recibían estas fiestas, que no formaban parte del calendario festivo oficial, sino que se celebraban en el ámbito doméstico) las muestras de dolor convivían con una curiosa tradición: el cultivo en vasos y otros recipientes de cerámica de plantas como hinojo o lechuga (no así trigo, exclusivo de los ritos asociados a Deméter y Perséfone), que se regaban con agua caliente para que germinaran más rápidamente. Eran los llamados «jardines de Adonis». Según algunas fuentes, no se dejaba que las plantas se marchitaran, sino que se arrojaban a unos pozos en plena floración; según otras, las plantas morían al poco de nacer. En uno y otro caso, eran el símbolo de una juventud truncada prematuramente por la muerte. Con el tiempo, esta costumbre acabó dando lugar al proverbio griego «más estéril que un jardín de Adonis», cuyo sentido es extensible a la relación entre la diosa y el joven. Ambos solo buscan el placer, de ahí que su unión sea infructuosa, vacía e inútil en términos sociales, todo lo contrario que el matrimonio (en el plano hombre-mujer) o la agricultura (en el del ciclo de la naturaleza).

UN AMOR NO CORRESPONDIDO

La recuperación de los grandes mitos clásicos que se dio a partir del Renacimiento trajo consigo un resurgir de los amores de Afrodita y Adonis. La obra más imponente inspirada en ellos es la epopeya pastoril y alegórica *El Adonis*, cuyos veinte cantos y más de 40.000 versos ocuparon toda la vida creativa del italiano Giovan Battista Marino (1569-1625), y acabaron dando lugar a una corriente literaria, el marinismo, caracterizada por su culto a la extravagancia y pirotecnia verbales, aun a costa de la unidad e inteligibilidad de la narración. Hoy, sin embargo, se recuerda más el poema *Venus y Adonis* del inglés William Shakespeare (1564-1616), que más que una historia de amor es la historia de un desencuentro, pues ninguna de las artes que despliega la enamorada diosa es capaz de vencer al bello joven. La caza es la única preocupación de este, como él mismo reconoce en unos premonitorios versos: «No conozco el amor, no quiero conocerlo, a menos que sea un jabalí, para entonces cazarlo». Cuando Adonis muere, Venus, dolida tanto por la pérdida de su amado como por los sinsabores que ese amor no correspondido le ha deparado, profetiza: «Desde hoy el amor tendrá como compañero al dolor; los celos serán su escolta; su comienzo será dulce, mas su final insípido. Alto o bajo, jamás se equilibrará, de suerte que todos los placeres del amor no compensarán sus sufrimientos. Será falso, voluble y lleno de fraude; el mismo soplo lo verá nacer y quedar marchito».

En el teatro destaca la versión que el español Félix Lope de Vega (1562-1635) dio en su *Adonis y Venus*, una tragedia escrita con destino a la corte y, como tal, rica en efectos escenográficos y referencias cultas. A diferencia del Adonis shakesperiano, este no resiste a los encantos de una Venus a la que su hijo Cupido, harto

de ser tratado como un niño, ha herido con una de sus flechas. Mas ese amor ha despertado los celos de Apolo, quien consigue que la furia Tesifonte mate al joven bajo la forma de un jabalí. Para sorpresa de todos, la desconsolada Venus decide entonces retirarse del mundo e ingresar en el templo de las Vestales. «Cuando yo fuere fraile, madre; madre, cuando yo fuere fraile», apunta un escéptico Cupido.

En el Romanticismo, el poeta inglés Percy Bysshe Shelley (1792-1822) recuperó al joven en su *Adonáis*, título que juega con el griego Adonis y el hebreo Adonái. Los amores entre el cazador y la diosa desaparecen en estos versos para centrarse en la idea de la muerte en plena juventud, no en balde se trata de una elegía escrita en memoria del también poeta John Keats (1795-1821) en la que domina la evocación de la naturaleza y su capacidad de renacer: «Adonáis está vivo, se despierta. La Muerte es la que ha muerto ahora. Dejad de lamentaros».

LA SEPARACIÓN DE LOS AMANTES

El mito de Adonis aparece ya representado en la cerámica griega pintada: un lecito (recipiente para almacenar aceite o pomadas) de figuras rojas de finales del siglo v a.C. muestra a Afrodita apareciéndose al joven. Del sur de Italia, concretamente de la ciudad de Taranto, procede un altar datado entre el 400 y el 375 a.C. en el que se recrea la reunión anual de la pareja de amantes, atendida aquí por dos mujeres. Más dramático es un monumento funerario en terracota de la segunda mitad del siglo iii a.C. hallado en la antigua ciudad etrusca de Tuscania: Adonis aparece en él agonizante, con la sangre corriéndole por el muslo izquierdo.

El tema conoció su mayor auge durante el Renacimiento y el Barroco. En una obra de juventud, el italiano Tiziano (h. 1488-1576) pintó el nacimiento de Adonis del árbol de la mirra. Su motivo predilecto, no obstante, fue el de la despedida de los amantes, del que llegó a realizar no menos de seis versiones. En ellas se aprecia a la diosa intentando impedir que el cazador, con sus perros ya dispuestos, parta al fatal encuentro con el jabalí. Otro artista italiano que frecuentó el mito fue Paolo Veronese (1528-1588), quien además del episodio de la separación pintó otras telas que muestran a los amantes en actitudes más íntimas. La más famosa es una en la que Adonis duerme en el regazo de la diosa. También el flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640) puso su exuberante pincelada al servicio del mito, abordando preferentemente el motivo de la separación, aunque también se acercara al de la muerte de Adonis. Esta ha sido recreada por artistas como Sebastiano del Piombo (1485-1547), José de Ribera (1591-1652), Nicolas Poussin (1594-1665) o Luca Giordano (1634-1705), aunque la aproximación más impresionante, por su formato y osada composición, probablemente sea la del holandés Hendrick Goltzius (1558-1617).

En el ámbito de la escultura, sobresalen las obras de dos artistas neoclásicos, el italiano Antonio Canova (1757-1822) con su *Venus y Adonis*, en la que destaca la delicadeza y sensualidad de los cuerpos de los dos amantes, y el danés Bertel Thorvaldsen (1770-1844), cuyo *Adonis* aparece como un bello efebo muy influido por la estatuaria griega antigua.

Durante los siglos xix y xx el mito de Adonis no despertó el mismo interés entre los artistas. Aun así, vale la pena citar el óleo *El despertar de Adonis*, del prerrafaelita británico John William Waterhouse (1849-1917), y la escultura *La muerte de Adonis*, del francés Auguste Rodin (1840-1917).





Arriba, la tela Venus y Adonis *(Museo del Prado de Madrid), de Tiziano. Pintada en 1554, en ella el maestro veneciano captó el momento en que la diosa intenta retener a su amado, sabedora de que si parte no volverá a verlo con vida. La escena, que no aparece en Ovidio, contribuye a humanizar a los personajes del mito, incluso quizás en demasía, pues la obra fue considerada excesivamente lasciva en su tiempo. Abajo,* Adonis muerto *(Rijksmuseum de Ámsterdam), de Goltzius, cuyo atrevido escorzo recuerda el empleado por Andrea Mantegna en su* Cristo muerto. *Una anémona roja florece junto al cuerpo sin vida.*

ADONIS EN EL NUEVO MUNDO

En época barroca, la trágica historia entre la diosa del amor y su amado inspiró a numerosos compositores. Uno de ellos fue John

Blow (1649-1708), cuya *Venus y Adonis* es una pequeña joya que destaca por su conseguida ambientación pastoril y su expresión melancólica. Si esta obra está considerada la primera ópera inglesa, *La púrpura de la rosa* lo es de España, si bien la música que Juan Hidalgo (1614-1685) escribió para este libreto de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) se ha perdido. Sí se conserva la de Tomás de Torrejón y Velasco (1644-1728), estrenada en el palacio virreinal de Lima (Perú) en 1701, lo que la convierte en la primera ópera compuesta en el continente americano. Su música tiene el atractivo de incluir ritmos y melodías oriundos del Nuevo Mundo que acentúan el tono sensual de la historia.

En Francia, los compositores se volcaron con especial entusiasmo sobre este mito. Dos óperas-ballets, *Las sorpresas del amor*, de Jean-Philippe Rameau (1683-1764), y *Las fiestas de Pafos*, de Jean-Joseph de Mondonville (1711-1772), le dedican su primer acto, mientras que Henry Desmarest (1661-1741) compuso sobre él su tragedia *Venus y Adonis*. Con su aparatosidad escénica, su pasión por la danza y su búsqueda de un sonido orquestal suntuoso, las tres obras reflejan todo el esplendor de Versalles.

Superado el Barroco, el mito prácticamente desapareció de la escena musical. Una excepción es la ópera *Venus y Adonis*, del alemán Hans Werner Henze (1926-2012). Se trata del clásico juego del teatro dentro del teatro, en el que una *prima donna*, un actor heroico y un joven tenor que han de representar el mito se ven inmersos en una historia de amor y celos que les lleva a confundir realidad y ficción.

Índice